

El patrimonio cultural de la Iglesia. Instrumento para la evangelización

Manuel Íñiguez Ruiz de Clavijo

Sumario

Primera Parte

I.- BIENES PATRIMONIALES

- 1.- Conciencia creciente de la importancia de los bienes culturales para la vida de la Iglesia.
- 2.- Bienes que integran el patrimonio cultural de la Iglesia.
- 3.- Aquellos recibidos en herencia.
- 4.- Con el deber de conservar y utilizar para su misión.
- 5.- Propiedad de la Iglesia.
- 6.- ¿Una piedra de escándalo?

II.- LOS BIENES CULTURALES, EXPRESIÓN DE LA VIDA DE LA IGLESIA.

- 1.- “Vio Dios que todo era bueno”.
- 2.- El hombre se comunica a través de las diversas expresiones artísticas.
- 3.- El arte, expresión del hecho religioso.
- 4.- Proceso creador de la obra de arte: la inspiración.
- 5.- Arte y celebración litúrgica.
- 6.- Finalidad de la obra de arte.
- 7.- La obra de arte, vehículo de expresión y comunicación de la fe de la Iglesia.

PRIMERA PARTE

I.- BIENES PATRIMONIALES

1.- Conciencia creciente de la importancia de los bienes culturales para la vida de la Iglesia

Su interés e importancia para la sociedad

- Hoy asistimos en muchos sectores de nuestra sociedad, a un fenómeno caracterizado por la valoración y la estima de los bienes culturales.
- Es un verdadero renacer en el interés por las propias obras de arte, como recuperación de la memoria histórica.
- Este interés se manifiesta en la toma de conciencia por la necesidad de conservar, proteger, restaurar, reconstruir y revalorizar las diversas expresiones artísticas: bienes, inmuebles, muebles, suntuario, archivos, bibliotecas.; Esto es debido, entre otros factores, a su importancia e interés cultural del pueblo.
- Un exponente de este fenómeno es la toma de conciencia de las numerosas exposiciones que se vienen realizando en estos últimos años, con una muy notable aceptación de parte de la crítica y del pueblo con su asistencia masiva.
- El desarrollo del fenómeno conocido como “cultura del ocio” y el desplazamiento del turismo de “costa” (playa y sol) por el del “interior”, turismo cultural. En este sentido se han revalorizado los circuitos culturales con visitas a monumentos, museos, bibliotecas y exposiciones.

Su interés e importancia para la Iglesia

- La Iglesia siempre tuvo conciencia de la importancia que los bienes culturales tienen para el cumplimiento y desarrollo de su misión.
- En este sentido, “la Iglesia no sólo ha sido comitente del arte y de la cultura, sino que se ha prodigado en la defensa y valoración de los propios bienes culturales, como es fácilmente constatable en una rápida visión histórica”¹ (No hay una historia de “amor y desamor”).

1 PONTIFICIA COMISIÓN PARA LOS BIENES CULTURALES DE LA IGLESIA, *Necesidad y urgencia del inventario y catalogación de los bienes culturales de la Iglesia. Carta circular*. Ciudad del Vaticano (8 de Diciembre de 1999) pág. 11.

Fuente de un verdadero humanismo

- Por la influencia que el arte posee para el desarrollo armónico e integral de la persona.
- Todas las expresiones artísticas han estado siempre al servicio del hombre. En este sentido, el hombre actual, necesita del influjo formativo del arte y del arte religioso, que educa el espíritu en la nobleza y el gusto espiritual, frente a la tendencia del materialismo y del consumismo.
- El arte cultiva a las personas desarrollando su sensibilidad mediante la educación del espíritu.
- Las expresiones artísticas como lugar de encuentro entre los hombres. El arte es un vehículo de comunicación que pone en relación y en diálogo unos hombres con otros. El arte es un lenguaje que todos los hombres pueden entender. En las expresiones artísticas los hombres descubrimos nuestra memoria y raíces culturales como pueblo.

Su interés e importancia para la vida cristiana

Las diversas expresiones artísticas tiene la función de mediación.

Los capiteles historiados, los pórticos románicos, claustros, pintura, imaginiería, vitrales..., no son una mera decoración o meras reminiscencias de una cultura superada, son expresiones vitales de la fe que la Iglesia confiesa, vive y celebra.

Estas expresiones, como veremos, encierran para el hombre de hoy un contenido teológico; son portadores de enseñanzas de verdades transcendentales.

a) Tienen su importancia para:

- La Enseñanza como medio e instrumento para el aprendizaje y diálogo fe cultura.
- La catequesis es un medio que facilita su función narrativa y ayuda a crear y evocar experiencia de la fe que transmite y la verdad que confiesa, celebra y vive la Iglesia.

b) Sin excluir otras funciones:

Las diversas expresiones artísticas no se limitan a ser un medio pedagógico, ni principalmente doctrinal.

El arte religioso, por la utilización de símbolos y signos de realidades invisibles, por la belleza de sus formas:

- Expresa de la mejor manera posible la grandeza de Dios,.
- Educa y ayuda a elevar el espíritu hacia Dios.
- Inicia y sostiene la oración, lleva a la contemplación de los misterios.
- Dispone a la persona a recibir la gracia. Abre a la trascendencia.

Si el patrimonio artístico y cultural de la Iglesia no sirve a la fe y al diálogo con el mundo, no tiene razón de ser.

2.- Bienes que integran el patrimonio cultural de la Iglesia

Partimos de estas afirmaciones que hace referencia a la inculturación de la fe:

“ La Iglesia ha anunciado el evangelio y desarrollado el culto divino de mil maneras, valiéndose de las artes literarias, de las artes figurativas, musicales, arquitectónicas, a través, además, de la conservación de memorias históricas y de documentos preciosos de la vida y de la reflexión de los creyentes. El anuncio de la salvación se hizo y, aún hoy se hace también a todos los que creen o no creen, mediante el uso de los elementos artísticos.

Tal preocupación constante de la Iglesia ha enriquecido a la humanidad con un tesoro inmenso de testimonios del ingenio humano y de su adhesión a la fe. Ello constituye una parte sobresaliente del patrimonio cultural de la humanidad”².

Este patrimonio está constituido y articulado en una triple dimensión: patrimonio inmueble, patrimonio mueble y patrimonio documental³.

Catedrales, monasterios, santuarios, templos, retablos, esculturas, relieves, frescos, cuadros, mosaicos, orfebrería, ornamentos, tejidos, tapices, rejas, vitrales, órganos y demás objetos y utensilios del servicio litúrgico, así como fondos

2 Circular de la Pontificia Comisión para la conservación del patrimonio artístico e histórico de la Iglesia, n. 1 (Roma, a 15 de octubre de 1992) Prot. N 121/90/ 18. SECRETARIADO NACIONAL DE LA COMISIÓN EPISCOPAL PARA EL PATRIMONIO CULTURAL. “Documentación- Información”. Mayo, 1993, nn 17 y 18, pág. 8.

3 Cf Circular de la Pontificia Comisión para la conservación del Patrimonio Artístico e Histórico de la Iglesia. Roma, a 15 de octubre de 1992. Prot. N. 21/90/18. n. 12.

documentales de bibliotecas y archivos⁴. “Éste puede ser considerado como el rostro histórico y creativo de la comunidad cristiana”⁵ a través del cual se reconoce y se crean lazos de identidad que les caracterizan y distinguen a las Iglesias particulares en el itinerario común de la fe. “El Patrimonio, afirman los Obispos de Castilla y León, constituye “un signo claro de identidad y tal vez nuestro mejor y más relevante valor diferencial”⁶.

3. - Aquellos recibidos en herencia

El término “Patrimonio Cultural” evoca ideas de propiedad, herencia, bienes en posesión.

El concepto de “patrimonio” lo vinculamos a conceptos relacionados con ventas, permutas, y transacciones.

En este sentido, cuando se intenta definir lo que es Patrimonio Cultural se hace referencia al conjunto de bienes que ha ido apareciendo en la Iglesia en el curso de los siglos, y que estaban destinados al culto, a la enseñanza y a la organización de la vida de las comunidades y que hemos recibido como legado con la misión de conservar, servirnos de él para la misión que nos es propia e incrementar.

4.- Con el deber de conservarlo y utilizarlo para su misión

Consciente de la importancia que los “bienes culturales” eclesiales tienen para la vida y misión de la comunidad cristiana, la Iglesia sabe que debe conser-

4 “En el mensaje dirigido a los miembros de la primera Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia, el 12 de octubre de 1995, Juan Pablo II afirma que con el concepto de ‘bienes culturales’ se entienden ‘ante todo, los patrimonios artísticos de la pintura, la escultura, la arquitectura, el mosaico y la música, puestos al servicio de la misión de la Iglesia. Además, a éstos hay que añadir los libros contenidos en las bibliotecas eclesiásticas y los archivos de las comunidades eclesiales. En fin, pertenecen a este ámbito las obras literarias, teatrales y cinematográficas producidas por los medios de la comunicación social” L’Osservatore Romano, edición española, 20 de octubre de 1994, p. 12. Cf Codex Iuris Canonici (= CIC) can. 1189. Según nota de PONTIFICIA COMISIÓN PARA LOS BIENES CULTURALES DE LA IGLESIA, *Necesidad y urgencia del inventario y catalogación de los bienes culturales de la Iglesia. Carta circular*. Ciudad del Vaticano, 8 de Diciembre de 1999, pág. 5.

5 Ibidem. pág. 6.

6 *El patrimonio cultural de la iglesia en Castilla y León. Instrucción Pastoral de los obispos de las diócesis de Castilla y León*. en “Ecclesia” n° 2.8884 (7 Junio 1997), pág. 34 (854) 39 (858).

varlos e incrementarlos, para así, legarlos a las generaciones venidera. Esta responsabilidad de conservación lleva consigo la de conocer en su contexto para valorarlos.

En consecuencia, afirma Juan Pablo II : “La Iglesia no es sólo custodia de su pasado; es sobre todo, animadora del presente de la comunidad humana, con miras a las construcción de su futuro. Por tanto, incrementa continuamente su patrimonio de bienes culturales para responder a las exigencias de cada época y cada cultura, y se preocupa asimismo por entregar a las generaciones sucesivas, para que también ellas beban en el gran río de la traditio ecclesiae.

Precisamente desde esta perspectiva es necesario que las múltiples expresiones del arte sacro se desarrollen en sintonía con la mens de la Iglesia y al servicio de su misión, usando un lenguaje capaz de anunciar a todos el reino de Dios”⁷.

La Iglesia, para transmitir el mensaje que Jesucristo le ha confiado, se ha servido a lo largo de la historia de diversos medios y procedimientos, entre los que destacan fundamentalmente las obras de arte.

Es a través de las expresiones artísticas como la Iglesia ha acuñado y debe seguir haciéndolo en formulas significativas lo que en sí mismo es inefable. Como afirma Juan Pablo II en la Carta a los artistas: “el arte posee esa capacidad peculiar de reflejar uno u otro aspecto del mensaje, traduciéndolo en colores, formas o sonidos que ayuden a la intuición de quien contempla o escucha. Todo esto, sin privar al mensaje mismo de su valor trascendente y halo de misterio” (CA 12).

La importancia que tiene el lenguaje del arte para la evangelización del hombre de todos los tiempos radica en que “de esta forma el conocimiento de Dios se manifiesta mejor y la predicación del Evangelio resulta más transparente a la inteligencia humana y como embebida en las condiciones de la vida “ (GS 62).

Aquí radica la importancia que el arte tiene como instrumento para la evangelización; pero en la Iglesia no sólo tienen cabida las obras del arte del pasado, sino también las manifestaciones artísticas del presente y está abierta al futuro, a todas las tendencias y corrientes, ya que la Iglesia no se identifica con una determinada cultura, ni estética, no posee cánones lingüísticos ni un estilo propio. El evangelio no se agota ni se identifica con ninguna forma cultural, ni artística, las trans-

⁷ Del discurso de Juan Pablo II a la Asamblea plenaria de la Comisión pontificia para los bienes culturales de la Iglesia, 31 de marzo. *L’Osservatore Romano* n 14 (7 abril de 2000) pág. 6 (174).

ciende a todas y en todas las culturas se puede inculturar y tomar expresiones auténticas para comunicar y expresar la fe. La Iglesia no tiene miedo a dialogar con la cultura y respetándola, expresarse conservando su propia identidad⁸.

5.- Propiedad de la Iglesia y uso prioritario

Todo el conjunto del patrimonio ha tenido su origen y finalidad en el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Esta es la razón que justifica la titularidad eclesiástica inicial de los bienes culturales: su finalidad originaria y su condición de ser medios para la consecución de la misión de la Iglesia que no es otra que la de evangelizar⁹[1].

No podemos olvidar que los bienes culturales, propiedad de la Iglesia, son un testimonio específico de la “tradición” y que “son calificados como bienes en tanto en cuanto están ordenados a la promoción humana”¹⁰ [2].

Fruto de la ignorancia es el menosprecio hacia estos bienes culturales por no ver en ellos ningún otro valor y significado que el puramente mercantil. Para una correcta valoración de los “bienes culturales” es necesario conocer el contexto en el que nacieron y descubrir la fuerza espiritual de la que son signos visibles. La Iglesia los considera como bienes, como un tesoro vivo, destinado al progreso cultural del mundo que quiere salvar. En este sentido, no puede prevalecer el sentido de bien mercantil. Los “Bienes culturales artísticos”, por su propia naturaleza, no tienen un uso lucrativo, de poder y de prestigio.

Tenemos que evitar algunos peligros:

Poner el acento en el valor estético y en la riqueza de este conjunto de bienes acumulado en el curso de los siglos, nos puede hacer olvidar la esencia misma de todos ellos. Una esencia que sólo se conoce cuando se piensa en su finalidad, en la intención por la que fueron creados, en la función a la que se destinaron y que realmente ejercieron cuando nacieron en el seno de la Iglesia.

8 JUAN PABLO II. *Discurso a la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para los Bienes Culturales de la Iglesia* (13 marzo 2000).

9 CONCILIO VATICANO II. *Mensaje del Concilio a los artistas* (8 de diciembre 1965).

10 Cf can 1254. LG 8 “Instrucción Pastoral de los obispos de Castilla y León”...op. c.

PONTIFICIA COMISIÓN PARA LOS BIENES CULTURALES DE LA IGLESIA. *Carta Circular* (8 de Diciembre de 1999), pág. 33.

Por ello, al contemplar los “bienes culturales” del patrimonio de la Iglesia a la luz de la misión evangelizadora para la que nacieron, destaca la fuerza que tiene el Anuncio de la Buena Noticia y la respuesta de la fe para llegar a la cultura, purificarla y hacer cultura.

El evangelio no se identifica con ninguna cultura, pero se hace cultura, se “inculturiza” al expresarse en los lenguajes de los diversos pueblos y culturas.

En consecuencia, no podemos concebir el “patrimonio Cultural” de la Iglesia como una especie de compartimento estanco, de depósito aislado de la vida, donde quedaría encerrada la suma de objetos producidos por ella. El verdadero patrimonio de la Iglesia no puede desligarse de aquello que es fuente, y que permanentemente lo va acrecentando y que es la Iglesia que anuncia, proclama, celebra y vive el Evangelio.

La presencia de la Iglesia en tantas culturas y a lo largo de tantos siglos, da al patrimonio cultural una enorme riqueza y variedad reconocidas universalmente. No obstante, por diversas motivaciones a través del tiempo, no todos los bienes culturales de la Iglesia han llegado hasta nuestros días, ni todos los que perduran siguen en su propiedad, posesión o uso.

La Iglesia, que es la propietaria legal del conjunto de bienes que integran su patrimonio, debe salvaguardarlos y garantizarlos, destinándolos y utilizándolos como medios para su misión y respetando las exigencias que los vinculan a los bienes culturales de la nación.

La Iglesia, que es la propietaria legal del conjunto de bienes que integran su patrimonio, debe salvaguardarlos y garantizarlos, destinándolos y utilizándolos como medios para su misión y respetando las exigencias que los vinculan a los bienes culturales de la nación.

6.- ¿Una piedra de escándalo?

Para muchos de nuestros contemporáneos resulta un escándalo que la Iglesia posea estos “tesoros” cuando en el mundo hay tanta hambre. No faltan voces que piensan que la Iglesia debe vender estos bienes y con el resultado económico paliar en alguna medida el hambre del mundo.

A este modo de pensar de alguna manera contribuimos cuando se muestran las piezas que componen el patrimonio de la Iglesia bajo la denominación: el “tesoro de...”, mostrando colecciones de obras en platería y piedras preciosas,

bordados en oro y grandes colecciones de pintura y escultura, sin ninguna finalidad específica o meramente cultural y deslumbrando al espectador por su belleza y riqueza.

Por otra parte, observamos la pérdida del valor en su simbología, que en otros tiempos tenían los cálices de metales preciosos y recamados de gemas de la orfebrería gótica que simbolizaba la luz divina de los santos sacramentos y que hoy se ha perdido.

Estas afirmaciones y modo de pensar es fruto de una mentalidad mercantilista y economista, nacida a partir del liberalismo del siglo XIX que nos ha conducido a poner precio a todas las realidades, sean naturales o artificiales realizadas por el hombre. Así también, aquellas producidas por el espíritu del hombre, entre ellas las obras de arte, que entran a formar parte del mercado de consumo con la consiguiente pérdida de todo valor espiritual y simbólico.

En la base de este pensar y sentir del pensamiento de la modernidad, que concibe el arte, incluyendo las obras de arte religioso, como un conjunto de riqueza, de grandeza y un testimonio antievangélico, y la nueva forma del pensamiento ilustrado, caracterizado por el materialismo racionalista, que nos deja ciegos para ver el valor simbólico del arte y en su lugar sólo se percibe el valor material y económico de sus realizaciones.

Junto con este modo de pensar, se da también, en muchos sectores, el fenómeno de la ignorancia sobre el valor y significado del arte que no se llega a comprender, vaciándolo de su contenido. A esto tenemos que añadir, la falta de preparación estética para saber mirar la obra de arte, para comprenderla, para interpretarla consecuentemente en lo que es y significa. Su referencia religiosa se ha hecho opaca.

Nadie puede negar que en la situación actual de una sociedad secularizada, exista el peligro de que nuestras piezas de arte sacro y religioso, tesoros de tiempos pasados, sean para muchos letra muerta, es decir, ininteligibles para una gran parte de la sociedad.

El problema de la inteligencia de los bienes culturales de la Iglesia plantea principalmente la necesidad de medios para difundir los conocimientos que permitan entender la razón y el significado del patrimonio cultural de la Iglesia. Por otra parte, el traslado de las piezas de obras de arte religioso a museos ha supuesto el peligro que lo que ha ganado en visibilidad lo pueda perder en inteligencia de su sentido y de sus mensajes profundos. Lo mejor para entender y

valorar la obra de arte es situarse en la mentalidad de quienes la crearon; preguntarse qué quisieron decir, qué les interesaba expresar, y conocer el contexto eclesial en el que se inspiraron.

Frente a esta manera de pensar y de sentir, ante esta circunstancia cultural e ideológica, la estrategia es educar a los fieles en el sentido simbólico, no materialista, ni mercantil, de las artes en general. Educar al pueblo cristiano en el valor del símbolo del arte religioso, en su función y misión, nos pone en disposición de entrar en relación orante con Dios y nos educa en los contenidos de la fe.

La Iglesia no ha dejado nunca de poner su patrimonio, de una forma u otra, al servicio de la cultura y de la sociedad.

II.- LOS BIENES CULTURALES, EXPRESIÓN DE LA VIDA DE LA IGLESIA

1.- “Vio Dios que todo era bueno”(Gn 1,4.12. 18.21.25)

Así, con este estribillo, concluye la obra de la creación. Tales palabras encierran el juicio complacido del Dios Creador sobre su obra a la que juzga buena y bella¹¹ porque responde plenamente a su proyecto. Esto significa no sólo “bien hecho”, sino también hermoso.

Nuestra mirada contemplativa sobre la obra de la creación, descubre la belleza de las criaturas y la sabiduría y bondad del creador, que nos llevan a elevar un himno de alabanza al Creador con el sentimiento y las expresiones del salmista: “¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!” (Sal 8,10). Como afirma el Concilio Vaticano II: “Por la condición misma de la creación, todas las cosas están dotadas de firmeza, verdad y bondad, propias de un orden” (GS 36,2)¹² y revelan con toda su magnificencia el orden, la armonía y la belleza de que les ha dotado su Creador.

11 “Vio Dios que todo era bello”. Si nos fijamos en la versión de “Los Setenta”, la palabra hebrea *toḅ*, y que se traduce por “bueno” en texto griego no se sustituye por el término *agathós*, sino por el de *kalós* cuyo principal significado es “bello”, por lo que podemos decir: “y vio Dios todo cuanto había hecho y ciertamente era muy bello” (Gn 1,31).

12 CONCILIO ECUMENICO VATICANO II *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (7 de diciembre 1965) GS.*

“La belleza, afirma Juan Pablo II en la *Carta a los artistas*¹³ es, en cierto sentido, la expresión visible del bien, así como el bien es la condición metafísica de la belleza”, (CA 3) y “la belleza es la clave del misterio y llamada a lo trascendente”. (CA 16) Por ello la experiencia estética se convierte en vehículo de expresión y medio para acercarnos al contenido, difícilmente expresable, de la transcendencia. La contemplación de la belleza que refleja la obra de la creación nos habla de la grandeza del Creador (cf Sal 104) que, sin palabras, transmite su mensaje a todos los hombres: “Los cielos proclaman la gloria de Dios, el firmamento pregonan la obra de sus manos; el día al día le comunica el pregón, la noche a la noche le transmite la noticia. No es un pregón con palabras, no es una voz que se pueda escuchar, mas por toda la tierra se extiende su eco” (Sal 19, 2-5).

Dios creador, afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*¹⁴[5] “es la fuente de toda belleza”(CCE 2129) (cf Sb 13,3) y “la belleza de la creación refleja la infinita belleza del Creador” (CCE 341), por lo que con el Catecismo concluimos que: “antes de revelarse al hombre en palabras de verdad, Dios se revela a él, mediante el lenguaje universal de la Creación, obra de su palabra, de su sabiduría: el orden y la armonía del cosmos, que percibe tanto el niño como el hombre de ciencia, ‘pues por la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su autor’(Sb 13,5), ‘pues fue el autor mismo de la belleza quien las creó’(Sb 13,3)” (CCE 2500) .

San Pablo afirma en la *Carta a los Romanos*: “Y es que lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, se ha hecho visible desde la creación del mundo, a través de las cosas creadas” (Rom 1,20).

2.- El hombre se comunica a través de las diversas expresiones artísticas

Hoy se concibe el arte como una actividad que expresa al hombre mismo, que desvela su intimidad y su misterio. Este es el aspecto subjetivo de la expresión del artista.

13 JUAN PABLO II. *Carta a los artistas*, Osservatore Romano. Documenti (24,IV,1999). Se citará en el texto con las iniciales CA.

14 *Catecismo de la Iglesia Católica* ed. española del *Catechismus Catholicae Ecclesiae* (11 octubre 1992) en adelante será citado dentro del texto con las iniciales CCE.

La obra artística constituye, con medios intuitivos, imaginativos y connotativos, una expresión de la intimidad del hombre que la realiza, y tiende a la comunicación con los demás hombres.

El artista, “que pone en acto las capacidades operativas, dando forma estética a las ideas de su mente” (CA 2), no puede prescindir de su ser personal. Su expresión artística no es ajena a su condición de individuo, con sus valores muy concretos.

Afirma Juan Pablo II: “Entre estas dos disposiciones, la moral y artística,” existe una conexión y las dos se condicionan de modo recíproco. “En efecto, al modelar una obra, el artista se expresa a sí mismo hasta el punto de que su producción es un reflejo singular de su mismo ser, de lo que él es y de cómo es. (...). En el arte encuentra una dimensión nueva y un canal extraordinario de expresión para su crecimiento espiritual. Por medio de las obras realizadas, el artista habla y se comunica con los otros. (...) Las obras de arte hablan de sus autores, introducen en el conocimiento de su intimidad y revelan la originalidad contribución que ofrecen a la historia de la cultura” (CA 2).

Según este concepto del arte y centrándonos en el arte plástico religioso, tenemos que concluir que expresa de manera visual e intuitiva los pensamientos, sentimientos y aspiraciones del hombre cristiano y de la sociedad o comunidad en la que ese hombre vive y alimenta su espíritu.

“El arte, para el Catecismo de la Iglesia Católica, es una forma de expresión propiamente humana; por encima de la satisfacción de las necesidades vitales, común a todas las criaturas vivas, el arte es una sobreabundancia gratuita de riqueza interior del ser humano. Éste brota de un talento concedido por el Creador y del esfuerzo del hombre, y es un género de sabiduría práctica que une conocimiento y habilidad (cf Sb 7,16-17) para dar forma a la verdad de una realidad en lenguaje accesible a la vista y al oído. El arte entraña así cierta semejanza con la actividad de Dios en la creación, en la medida que se inspira en la verdad y el amor de los seres. Como cualquier otra actividad humana, el arte no tiene en sí mismo su fin absoluto, sino que está ordenado y se ennoblece por el fin último del hombre” (CCE 2501).

Dios que ha creado al hombre a su “imagen” (cf Gn 1,26) le concede poder participar libremente en su providencia con la responsabilidad de “someter” la tierra y dominarla (cf Gn 1,26-28); “da así a los hombres el ser causas inteligentes y libres para completar la obra de la Creación, para perfeccionar su

armonía para su bien y el de sus prójimos” (CCE 307). En este sentido, escribe Juan Pablo II: “Dios ha llamado al hombre a la existencia, transmitiéndole la tarea de ser artífice. En la ‘creación artística’ el hombre se revela más que nunca ‘imagen de Dios’ y lleva a cabo esta tarea ante todo plasmando la estupenda ‘materia’ de la propia humanidad y, después, ejerciendo un dominio creativo sobre el universo que le rodea. El Artista divino, con admirable condescendencia, transmite al artista humano un destello de su sabiduría trascendente, llamándolo a compartir su potencia creadora” (CA 1). El artista recibe una especial vocación, un don que no todos los hombre poseen. El artista es el artífice, no el creador, que utiliza algo existente dándole forma y significado; que “sabe actuar según las exigencias del arte, acogiendo con fidelidad sus dictámenes específicos” (CA 2).

3.- El arte como medio de expresar del hecho religioso

La experiencia religiosa, difícilmente narrable, encuentra en las expresiones artísticas un medio para su objetivación y un cauce para su comunicación. Por ello el arte ha estado siempre íntimamente relacionado con el hecho religioso.

Desde este punto de vista, es justificable el aprecio por el arte que la Iglesia ha cultivado. La Iglesia siempre ha valorado el arte como tal, cuando éste es auténtico, por la “intima afinidad con el mundo de la fe” (CA 10).

El “arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa. En cuanto búsqueda de la belleza es por su naturaleza una especie de llamada al Misterio” (CA 10).

La conexión entre arte y hecho religioso es muy estrecha; de tal manera, que podemos afirmar que la religiosidad hace arte e influye inevitablemente en el arte y el arte despierta y estimula el sentimiento religioso. La obra de arte, el arte verdadero, es un vehículo que comunica vida, comunica el deseo de lo absoluto y despierta el sentimiento religioso.

4.- Proceso creador de la obra de arte: la inspiración

Una obra de arte no es el resultado de un oficio bien conocido que actúa según las exigencias y los cánones de la belleza y que se ajusta a los dictámenes de los estilos específicos, ni fruto del empleo de instrumentos técnicos.

La obra de arte es el resultado de un fenómeno complejo integrado por diversos elementos intelectuales y espirituales, producto de una elaboración mental previa del autor.

Este fenómeno complejo de elementos que integran lo que llamamos inspiración, es difícil de explicar. Todos entendemos que el hombre no es solo intelecto y razón; es también un conjunto misterioso de sentimientos, de fantasías y de impulsos instintivos, muchas veces inconscientes, que interesan a las facultades creadoras de los artistas. Este conjunto de tendencias reclaman el derecho a expresarse, a elegir la forma de comunicarse en las diversas formas: signos, figuras, símbolos e imágenes con las que debe revestir sus experiencias en general y su experiencia cristiana en concreto

“La auténtica intuición artística, afirma Juan Pablo II en su *Carta a los artistas*, va más allá de lo que perciben los sentidos y, penetrando la realidad, intenta interpretar su misterio escondido. Dicha intuición brota de lo más íntimo del alma, allí donde la aspiración da sentido a la vida se ve acompañada por la percepción fugaz de la belleza y de la unidad misteriosa de la cosa. Los artistas tienen en común la experiencia de la distancia insondable que existe entre su obra, por lograda que sea, y la percepción de la belleza percibida en el fervor del momento creativo: lo que logran expresar en lo que pintan, esculpen o crean es sólo tenue reflejo del esplendor que durante unos instantes ha brillado ante los ojos de su espíritu” (CA 6).

La inspiración artística se considera un don, “un don del Espíritu otorgado a algunos para la utilidad de todos en la Iglesia” (CA 1).

El artista tiene y vive una relación muy peculiar con la belleza. “En un sentido muy real puede decirse que la belleza es la vocación a la que el Creador le llama con el don del ‘talento artístico’” (CA 3).

Donde hay religiosidad hay expresiones artísticas. El arte verdadero hace sentir el misterio de la vida y comunica el deseo y la necesidad del absoluto.

El arte religioso, como expresión de la auténtica religiosidad, pide que todo cuanto se ponga al servicio de Dios y, sobre todo de la liturgia, resplandezca por su valor y calidad estética.

El hombre, afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*, “expresa también la verdad de su relación con Dios Creador mediante la belleza de la obra artística” (CCE 2501). De ahí, que el mismo *Catecismo* delimite el concepto de arte sacro al afirmar que: “El arte sacro es verdadero y bello cuando corresponde

por su forma a su vocación propia: evocar y glorificar, en la fe y la adoración, el Misterio trascendente de Dios, Belleza sobre-eminente e invisible de Verdad y de Amor, manifestado en Cristo, 'Resplandor de su gloria e Impronta de su esencia' (Hb 1,3), en quien 'reside toda la plenitud de la Divinidad corporal' (Col 2,9), belleza espiritual reflejada en la Santísima Virgen Madre de Dios, en los Ángeles y los Santos" (CCE 2502).

El arte religioso nace por una necesidad interior del mismo artista que al mismo tiempo que crea un objeto, expresa y enriquece su personalidad, contribuye a "recrear" el espíritu de los que lo perciben y contemplan su obra. Así, la expresión artística, de manera más o menos consciente y deliberada, pone en comunicación la intimidad personal de un hombre con la intimidad personal de otro. El arte se convierte en lugar de encuentro, de comunicación y de comunión. El arte sacro, que intenta expresar la belleza divina y que se consagra a Dios, "contribuye a su alabanza y a su gloria, cuanto más lejos está de todo propósito que no sea colaborar lo más posible con sus obras a dirigir las almas piadosamente hacia Dios" (CCE 2513).

5.- Arte y celebración litúrgica

La liturgia y el arte han vivido tan unidos que resulta difícil separarlos.

La celebración de la fe pide y exige una dinámica que lleva consigo un orden una armonía que influyen en las expresiones estéticas como expresión de la belleza de Dios expresada en los edificios, objetos, textos y cánticos. Así, la celebración litúrgica se ha valido siempre de expresiones artísticas de gran belleza que de muy diversas formas han facilitado la relación del misterio que se celebra y el espíritu creyente de los fieles.

La liturgia es fuente de inspiración y condiciona las expresiones artísticas:

- Las exigencias de la comunidad que celebra, condiciona la estructura d los espacios celebrativos, en los que la asamblea se siente acogida y los fieles integrados como miembros de una comunidad de fe.

- La necesidad de construir y decorar las iglesias exige una reflexión sobre su condición de lugar sagrado, sobre el sentido de la liturgia y sobre la identidad y circunstancias de la comunidad cristiana que la celebra.

Los artistas deberán hacer posible que la iconografía y las composiciones musicales resulten accesibles al mayor número de personas, para revelar la trascendencia del amor de Dios e introducir a la oración.

La importancia del arte y la celebración litúrgica quedó expresada en el Concilio Vaticano II cuando afirma: “Entre las actividades más nobles del ingenio humano se encuentran, con razón las bellas artes, principalmente el arte religioso y su cumbre, que es el arte sacro... Por esta razón, la santa madre Iglesia fue siempre amiga de las bellas artes, buscó constantemente su noble servicio, principalmente para que las cosas destinadas al culto sagrado fueran en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales. Más aún: la Iglesia se consideró siempre, con razón, como árbitro de las mismas, discerniendo entre las obras de los artistas aquellas que estaban de acuerdo con la fe, la piedad y las leyes religiosas tradicionales y que eran consideradas aptas para el uso sagrado” (SC 122)¹⁵.

6.- Finalidad de la obra de arte

Las obras de arte como expresión del hombre no nace desde la motivación e intenciones instructivas, pedagógicas o didácticas; esto es, destinadas a cumplir un servicio, utilidad o un fin muy concreto. La obra de arte nace por la necesidad interior del mismo autor.

El arte tiene un sentido, pero no tiene una finalidad.

El arte religioso tiene el sentido de servir de mediación; ello exige aprender a mirarlo.

En conclusión, toda obra de arte religiosa es una mediación, un camino hacia Dios, una invitación a la adoración en espíritu y en verdad (Jn 4,24).

El mayor peligro para el arte religioso aparece cuando su condición de camino o mediación no es perceptible, o cuando no hay relación de la imagen con lo que representa y cuando se centra la atención en la misma expresión convirtiéndola en ídolo. “El arte sacro verdadero lleva al hombre a la adoración y al amor de Dios Creador y Salvador, Santo y Santificador” (CCE 2502). De ahí, la importancia que el arte religioso tiene para la evangelización de la humanidad.

15 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. *Constitución sobre la sagrada liturgia* (5 de diciembre 1963) La cita dentro del texto con las iniciales SC.

Estas afirmaciones nos obligan a considerar a las obras de arte como lo que son y deben ser, a respetar el proceso operativo a través del cual nacen, a no interferir en esa operación forzando la libertad del artista presionándole con directrices pedagógicas.

Debemos ser conscientes de que el uso con fines evangelizadores de las obras de arte que integran el patrimonio cultural de la Iglesia sólo será eficaz si se empieza por respetar la identidad de la obra de arte como tal, si se deja que nazca y sea tal cual ella misma es y ha querido nacer, y en su presentación y utilización, no se desfigura la intención y sentido objetivo de la misma.

Esta es una consideración necesaria para evitar manipular e instrumentalizar la obra de arte. Necesitamos conocer la "identidad" de la obra de arte, para que al ser utilizada como mediación para la acción evangelizadora

No obstante, el hecho de que la obra de arte tenga un valor en sí mismo y que no haya nacido con una intención o finalidad pedagógica, no quiere decir que la Iglesia, en cuyo seno vive el artista y de cuya vida y misterio se nutre, tenga que renunciar a su interés y a hacer uso de ella para su misión, que es la de evangelizar.

La Iglesia no ha cultivado el arte por el arte, sino que se ha servido de las diversas expresiones artísticas para confesar, comunicar y celebrar la fe; por lo que el arte religioso y el sacro, no es un arte neutro.

El arte sirve para confesar y expresar la fe de los creyentes en la salvación de Dios Padre en Jesucristo; también sirve de propedéutica al misterio religioso.

En virtud de su mediación simbólica, nos ayuda a rezar personal y comunitariamente en la liturgia. Es un medio para instruir, aspecto éste que fue puesto de relieve por el Papa Gregorio Magno en la carta al obispo Sereno al afirmar que para aquéllos que no saben leer las Escrituras, para los analfabetos, es la imagen, porque en ella los ignorantes ven lo que deben creer. Por lo tanto, la pintura está destinada a la instrucción de las gentes. *"En épocas de escasa alfabetización, las expresiones figurativas de la Biblia representaron incluso una concreta mediación catequética. Gregorio Magno formuló este principio en carta al Obispo Sereno: "la pintura se usa en las Iglesias para que los analfabetos, al menos mirando a las paredes, puedan leer lo que no son capaces de descifrar en los códices"* (*Epistulae*, IX,209: CCL 140^a, 1714) JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, n° 5).

En conclusión, las obras de arte son expresión del sentir y modo de vida de los que nos precedieron en la fe y, por su belleza, reflejan y evocan la belleza de Dios. Las obras de arte cristiano, que nacen de la conciencia del creyente en la divina Revelación y en Jesucristo, deben ser contempladas como alabanza de la gloria de Dios y de su gracia en el hombre.

La obra de arte vehículo de expresión y comunicación de la fe de la Iglesia.

Algunas conclusiones:

La fe tiende por su naturaleza a expresarse en formas artísticas y en testimonios históricos. Las obras de arte religioso, en coherencia con las funciones que hemos expuesto, han sido pensadas y realizadas para expresar los contenidos de la fe de la Iglesia.

La fe cristiana, que tiene su núcleo en la Encarnación del Verbo, en la humanidad de Jesús de Nazaret, “aparece como animación y desafío para los cristianos, incluso en el plano de la creación artística. De ello se deriva un desarrollo de belleza que ha encontrado su savia precisamente en el misterio de la Encarnación. En efecto, el Hijo de Dios, al hacerse hombre, ha introducido en la historia de la humanidad toda la riqueza evangélica de la verdad y del bien, y con ella ha manifestado también una dimensión de belleza, de la cual el mensaje evangélico está repleto” (CA 5).

Tanto las narraciones del Antiguo Testamento, interpretado a la luz del Nuevo Testamento, como las del Nuevo Testamento, han dado lugar a inagotables filones de inspiración: “La palabra bíblica se ha hecho innumerables veces imagen, música o poesía, evocando con el lenguaje del arte el misterio del “Verbo hecho carne” (CA 5).

La comprensión del Misterio Encarnado, las diversas formulaciones de los contenidos de la fe que han sostenido la vida y misión de la Iglesia a lo largo de la historia, se han formulado y expresado en los diversos “lenguajes” y especialmente en el arte que, gracias a la naturaleza intuitiva y fuerza evocadora del lenguaje simbólico, sirve para expresar las realidades invisibles.

En el curso de los siglos, el arte sacro cristiano, se ha ido plasmando en símbolos y en iconos, en signos y en figuras para expresar, confesar y celebrar la fe.

7.- La Confesión de la fe en expresiones artísticas

a) Primera etapa:

La fe cristiana, en los primeros tiempos, imponía un discernimiento en el campo de la vida, del pensamiento y del arte. Reaccionaron contra la plástica figurativa del arte helénico, fruto de unos cánones de belleza y que trasmitían unos valores.

Urgidos por la necesidad de expresarse, reconocerse e identificarse, especialmente en los tiempos difíciles de la persecución, se refugian en el mundo de los signos y símbolos, inspirándose en las escrituras y en los misterios de la fe. Así, el pez, los panes o el pastor, el maestro... evocaban el misterio, llegando a ser los primeros esbozos del nuevo arte.

Con el edicto de Constantino, los cristianos desarrollaron el gusto por la figuración y desencadenaron un movimiento icónico. Fue una explosión iconográfica que duró varios siglos (V-VII).

Con la libertad de expresión, el arte se convirtió en el cauce privilegiado para expresar y comunicar la fe:

- Las Basílicas, conservaban los cánones arquitectónicos del antiguo arte y se transformaban, adaptándose a las exigencias del culto y a las celebraciones solemnes de la liturgia. La arquitectura se iba adaptando a las exigencias de las celebraciones y necesidades de la asamblea.

- La necesidad de proponer el misterio a los sencillos suscitó las primeras manifestaciones de la pintura, mosaicos y esculturas.

- Las controversias cristológicas, confesando la naturaleza humana y naturaleza divina en la persona divina, tuvieron su respuesta en el arte en la representación de Cristo Pantocrátor. Señor del tiempo y de la historia, verdadero Dios y verdadero hombre.

- Junto con estas expresiones plásticas, surgían las primeras expresiones artísticas en torno a la palabra y el sonido, apareciendo las primeras expresiones poéticas y literarias, con un alto valor teológico y artístico. En el aspecto musical, Gregorio Magno, con la compilación del Antiphonarium, ponía las bases para el desarrollo de la música sacra. Con sus inspiradas modulaciones, el Canto gregoriano se convertirá en la expresión melódica, característica de la fe de la Iglesia durante siglos.

Iconoclasta (Nicea 787)

La reacción, conocida como la lucha iconoclasta, originó una gran controversia sobre la representación del misterio cristiano. El Concilio celebrado en Nicea 787 estableció la licitud de las imágenes y de su culto, significando un momento importante para la fe y para la cultura. El argumento decisivo invocado en el concilio de Nicea fue el misterio de la Encarnación: “Si el Hijo de Dios ha entrado en el mundo de las realidades visibles, tendiendo un puente con su humanidad entre lo invisible y lo visible, de forma análoga se puede pensar que una representación del misterio puede ser usada, en la lógica del signo, como evocación sensible del misterio. El icono no se venera por sí mismo, sino que lleva al sujeto representado” (CA 7).

- b) Segunda etapa: Los siglos posteriores serán testigos del desarrollo del arte cristiano.

En oriente seguirá floreciendo el arte de los iconos siguiendo los cánones teológicos y artísticos.

En occidente, los artistas serán exponentes de su tiempo cultural, dando lugar a grandes construcciones para el culto, donde la funcionalidad se conjuga siempre con la imaginación y la fantasía, la cual se deja inspirar por el sentido de la belleza y por la intuición del misterio.

- c) En los tiempos actuales

Afirma Juan Pablo II en su *Carta a los artistas*: “En la edad moderna, junto a este humanismo cristiano que ha producido significativas obras de cultura y de arte, se ha ido también afirmando progresivamente una forma de humanismo caracterizado por la ausencia de Dios y con frecuencia por la oposición a Él. Este clima ha llevado a veces a una cierta separación entre el mundo del arte y el de la fe, al menos en el sentido de un menor interés en muchos artistas por los temas religiosos”¹⁶.

16 Cf JUAN PABLO II, *Carta a los artistas* nn. 7,8,9 y 10.

SEGUNDA PARTE

Los “Bienes Culturales” al servicio de la Evangelización

Sumario

1.- Evangelizar Misión y Vocación de la Iglesia

- Vocación y misión de la Iglesia
- Con fidelidad al mensaje y al hombre
- Con el lenguaje de los hombres de hoy
- La fe llega a la cultura, se crea cultura
- La evangelización: Un nuevo humanismo

2.- Perspectivas evangelizadoras

(Claves para un uso correcto del patrimonio Cultural y en la Evangelización)

1- Bienes inmuebles

- Las Catedrales
- Los Monasterios: El claustro
- La iglesia parroquial
- Las ermitas

2.- Bienes muebles.

- Escultura, pintura...
- El Museo

3.- Bienes documentales

- Los archivos: memoria y profecía
- Los fondos musicales
- Bibliotecas de la Iglesia

3. Los “Bienes culturales” en el proceso de la Evangelización

1.- En la acción misionera

- Destinatarios
- Fenómeno del turismo
- Investigadores

2.- En la acción catequética

- Catequesis narrativa
- Catequesis: experiencia humana y confesión de la fe

3.- En la acción pastoral

4.- Evangelizar por medio del arte actual

- Evangelizar a través del arte contemporáneo
- La Iglesia necesita de los artistas
- Diálogo con los artistas

1.- Vocación y misión de la Iglesia

La Iglesia tiene conciencia y sabe que ha sido convocada, llamada, para llevar a cabo la misión de evangelizar. “Ella tiene viva conciencia de (...) que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hace cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. evangelizar” (EN 14).

La misión de evangelizar de la Iglesia se sitúa en continuidad con la misión de Jesús, que consiste en anunciar el Reino de Dios. “La Iglesia entera gravita hacia el reino de Dios, por lo cual no puede ser centro de sí misma, ni de su vida, ni de sus palabras ni de sus relaciones con el mundo” (TDV n 9)¹⁷. “La Iglesia es continuadora de la misión de Jesucristo” (TDV n 10 cf. LG 5).

La identidad de la Iglesia radica en su origen y en su misión (EN 6).

2.- ¿Qué es EVANGELIZAR?

Ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización” (EN 17), por lo que, no podemos destacar unos aspectos en detrimento de otros.

17 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Testigos del Dios vivo. Reflexiones sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad.* (24-29 Junio 1965) Ed. Orinoco Artes Gráficas, Madrid 1985 N° 4 (En adelante será citado con las iniciales TDV).

La Iglesia realiza la acción evangelizadora a través de los diversos elementos “anuncio, testimonio, enseñanza, sacramentos, amor al prójimo, hacer discípulos: todos estos aspectos son vías y medios para la transmisión del único Evangelio y constituyen los elementos de la evangelización” (DGC 46). Por lo que Evangelizar es un fenómeno complejo e integrado por diversos elementos: “renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado” (EN 24) Todos estos elementos entran a formar parte de un único proceso integrado por diversas acciones.

“El proceso evangelizador (EN 24) por consiguiente, está estructurado en etapas o ‘momentos esenciales’ (CT 58): la acción misionera para los no creyentes y para los que viven en la indiferencia religiosa; la acción catequético-iniciatoria para los que optan por el Evangelio y para los que necesitan completar o reestructurar su iniciación; y la acción pastoral para los fieles cristianos ya maduros, en el seno de la comunidad cristiana” (DGC 49).

3.- Con fidelidad al mensaje y al hombre

Doble fidelidad de la que nos habla Pablo VI en EN.

La fidelidad exige a los evangelizadores: “Ponernos en contacto con el patrimonio de fe que la Iglesia tiene el deber de preservar en toda su pureza, y a la vez el deber de presentarlo a los hombres de nuestro tiempo, con los medios a nuestro alcance, de manera comprensible y persuasiva” (EN 3).

Desde el Patrimonio Cultural

El “Patrimonio Cultural” es fruto de la vida de la Iglesia y expresa la fe, y lo ha hecho con fidelidad al mensaje y al hombre de cada época histórica.

En él encontramos la fidelidad del mensaje y descubrimos aquellos aspectos más significativos para el momento histórico, como fruto de la comprensión del mensaje, de la evolución del dogma, o requeridos por la situación en la que el hombre vive desde su situación social, económica y cultural.

Desde los tiempos neotestamentarios los cristianos han querido comprender el misterio de la persona de Cristo destacando en cada época diversos aspectos y otorgándole diversos títulos cristológicos.

Desde las diversas controversias, se ha llegado a la formulación de la fe que se ha visto refrendada por las expresiones artísticas.

Cada generación, cada época histórica expresada en el arte y en los diversos hechos culturales históricos, es un reflejo del hombre que vive, celebra y confiesa la fe, y del hombre mismo, fruto de la situación social, económica e ideológica en la que vive.

4.- Con el lenguaje de los hombres de hoy

Como nos recuerda Pablo VI: “el problema de cómo evangelizar es siempre actual, porque las maneras de evangelizar cambian según las circunstancias de tiempos, lugar, cultura; por eso plantean casi un desafío a nuestra capacidad de descubrir y adaptar” el mensaje a los hombres de nuestro tiempo” (EN 3)¹⁸ [1].

Es evidente el valor que hoy sigue teniendo el lenguaje verbal, pero también la crisis que está experimentando. “Sí, es siempre indispensable la predicación con la proclamación verbal de un mensaje. (...). El tedio que provocan hoy tantos discursos vacíos... no debe, sin embargo, disminuir el valor permanente de la palabra ni hacer perder la confianza en ella. La palabra permanece siempre actual” (EN 42).

Hay una crisis de lenguaje religioso que remite a una crisis general del lenguaje en el momento actual. El lenguaje es el medio de comunicación entre el hombre y el mundo, de los hombres entre sí y de los hombres con Dios.

La evangelización pierde mucha fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su ‘lengua’, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta” (EN 63).

Desde el Patrimonio Cultural

La respuesta al problema planteado la encontramos en buena parte en los conjuntos de expresiones históricas y artísticas que integran el “Patrimonio Cultural de la Iglesia”

¹⁸ Cf PABLO VI. *Discurso al Sacro Colegio de los Cardenales* (22 junio de 1973), AAS (1973) pág. 383.

Con el lenguaje preferido por el hombre en cada momento de la historia: símbolos-íconos; signos y figuras, el hombre ha expresado y comunica su fe.

Hoy, el hombre del lenguaje de la imagen, encuentra en el símbolo la mejor manera de expresar, comunicar y alcanzar un conocimiento más profundo de su ser, en sus sentimientos y deseos. Son las expresiones artísticas por medio de los diversos lenguajes: verbal simbólico (poemas) visual y auditivo, con la gran riqueza símbolos e imágenes, hacen que se susciten y evoquen sentimientos profundos en el hombre actual. Con su utilización, podemos conectar con el hombre y comunicarle la Buena Noticia del evangelio con toda su radicalidad.

5.- La fe llega a la cultura, se hace cultura

El Evangelio de Jesucristo le llega al hombre en su propia cultura.

“Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio (...) sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuerzas inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y el con el designio de salvación” (EN 19). Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar y renovar a la misma humanidad.

“ Lo importante es evangelizar –no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces– la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tiene sus términos en *Gaudium et spes*” (EN 20).

El reto de la evangelización es injertar la fe en la cultura, purificarla y hacer cultura, de tal manera, que una fe que no se convierte en cultura es una fe no acogida en plenitud, no pensada en su totalidad y no vivida con fidelidad.

Con la expresión ‘cultura’, en general, se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter al orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espiri-

tuales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos; más aún, a todo el género humano” (GS 53)¹⁹.

El mensaje evangélico se ha encarnado y se sigue encarnando en las culturas, a la vez que ha introducido e introduce a estas culturas en la vida de la Iglesia.

Con este presupuesto, la Iglesia encarna el evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; trasmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro.

Como respuesta a este “desafío de la inculturación” la Iglesia, desde sus orígenes, se ha encarnado en la cultura de su tiempo, purificando sus aspectos negativos, asumiendo sus valores positivos y creando nuevas expresiones culturales, llegando a formar un conjunto de “Bienes Culturales” como fruto de la confesión, celebración, expresión y vida de fe.

La Iglesia, abierta a todas las culturas, no ha tenido ni tiene inconveniente en asumir elementos culturales provenientes de otros entornos, dándoles sentido cristiano.

Defender la cultura es defender la libertad creadora del espíritu, cuya grandeza consiste en abrazar todas formas de la verdad y de belleza.

El patrimonio histórico-artístico “es reconocido como medio primario de inculturación de la fe en el mundo contemporáneo, ya que la vía de la belleza abre a la dimensión profunda del espíritu”²⁰.

6.-La Evangelización: Un nuevo humanismo

“La evangelización requiere un esfuerzo positivo para presentar los misterios de Dios y de nuestra salvación de manera que resulte comprensible y despierten el interés de sus destinatarios” (TDV 25).

19 “De ahí se siguen que la cultura humana lleva consigo necesariamente un aspecto histórico y social, y que la palabra ‘cultura’ asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida diversos y escalas de valor múltiples encuentran su origen en la manera particular de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de cultivar las ciencias, las artes y la belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada grupo humano. Así es como también es como se constituye un medio determinado histórico, en el cual se inserta todo hombre de cualquier nación o tiempo y del que saca los valores que le permiten promover la civilización” (GS 53).

20 PONTIFICIA COMISIÓN PARA LOS BIENES CULTURALES DE LA IGLESIA. *Carta Circular. Necesidad y urgencia del inventario y catalogación de los bienes culturales de la Iglesia*. Ciudad del Vaticano (8 de diciembre de 1999) p. 32.

Tenemos la experiencia de que no es fácil hablar de Dios al hombre de hoy debido a la situación en la que vive. La evangelización encuentra serias dificultades, debido a la gran dosis de ateísmo práctico, de insolidaridad y de indiferencia religiosa del mundo contemporáneo. Las condiciones de vida del hombre moderno en estos decenios del segundo milenio se han transformado de tal modo que el que el Concilio Vaticano II no duda en hablar de “una nueva era de la historia de la humanidad” (GS 54). Para la Iglesia es un Kairos, un tiempo favorable para la evangelización, en la que los nuevos rasgos de la cultura constituyen otros tantos desafíos y puntos de apoyo para una pastoral de la cultura.

La implantación de un modelo de vida dominada por el consumo de lo efímero y disfrute del mayor número posible de cosas, hace que el hombre pierda la capacidad de preguntarse por su origen y el último sentido de su vida. Todo tiene como fruto el nacimiento del espíritu de la desconfianza, pragmático, amigo de disfrutar del mundo, de la vida y de una humanidad que sufre el derrumbe de las ideologías, sin apertura a lo trascendente o a la espiritualidad del hombre (Cf. TDV n 21).

Un mundo que está siendo amenazado con nuevas formas de barbarie, que sufre el flujo migratorio, cada vez más impresionante, que expone a poblaciones enteras a vivir como si se les hubiera desarraigado de su propia tierra con las consecuencias de sentirse arrancados de su ambiente cultural. El desarraigo cultural hace aparecer por contraste el papel fundamental de las raíces culturales, por lo que, reaccionan haciéndose más sensibles al valor humanizante de las expresiones culturales y artísticas, y en consecuencia, valorando lo que constituye su identidad cultural como personas y como pueblo.

Junto con estos aspectos negativos, se dan aspectos positivos que son fruto de la reacción frente a el desaliento, frustración de las falsas esperanzas, con la vuelta a los valores del espíritu, creyéndolos encontrar en grupos esotéricos...

La Iglesia “experta en humanidad”²¹ se sirve de los bienes culturales para la promoción de un auténtico humanismo, según el modelo de Cristo, hombre ‘nuevo’ que revela al hombre al propio hombre (GS 22).

21 PABLO VI. Discurso a la Asamblea General de las NN.UU, en New York el 4.12.1965) “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de los discípulos de Cristo” CONCILIO VATICANO II. Constitución pastoral sobre la Iglesia en nuestro tiempo (Gaudium et Spes) n° 2.

El cultivo de la “literatura y el arte tienen gran importancia para la vida de la Iglesia, ya que pretenden estudiar la índole propia del hombre, sus problemas y su experiencia en el esfuerzo por conocer mejor y perfeccionarse a sí mismo y al mundo; se afanan por descubrir su situación en la historia y en el universo, por iluminar las miserias y los gozos, las necesidades y las capacidades del hombre, y por diseñar un mejor destino para el hombre” (GS 62). Con todo, “el evangelio no puede dejar de juzgar al mundo en cualquier situación histórica, aun a riesgo de provocar rechazos” TV 23.

La aportación que el Patrimonio histórico-artístico realiza a la evangelización proponiendo un nuevo humanismo es grande, debido a “su significado social (que) representa un particular instrumento de agregación. Es una fuente de civilización, ya que activa procesos de transformación en el ambiente a medida humana, mantiene en cada generación la memoria del propio pasado y ofrece la posibilidad de transmitir las propias obras a las posteriores. En el patrimonio histórico-artístico la sociedad contemporánea reconoce la imagen inequívoca de la propia identidad histórica y social. La disolución de la unidad cultural en tantas sociedades del mundo moderno, a causa de la fragmentación ideológica y étnica, puede ser contrastada eficazmente en el reencuentro con el propio pasado, con las raíces comunes, los acontecimientos históricos y la memoria cultural de la que es expresión el patrimonio Histórico-artístico”²².

2.- Los “Bienes Culturales”.y las evangelizadoras: Claves

Bienes inmuebles

Sin olvidar los aspectos arquitectónicos con sus elementos más significativos, así como los diversos elementos estilísticos y artísticos que responden a los grandes estilos, queremos destacar lo que estas construcciones significan: su valor y significado.

Templos. Los primeros cristianos, conscientes de que Dios debía ser adorado en “espíritu y en verdad” (Jn 4,24), no construyeron templos. El templo, en otras religiones, se construye y concibe como “casa de Dios”. Son edificios públicos, sagrados, suntuosos, de escasa capacidad ya que no están pensados para que se congregue la comunidad de los creyentes; al templo sólo tienen acceso a su interior los sacerdotes para ofrecer los sacrificios.

²² Pontificia Comisión... Circular 1999, pág. 33.

Los primeros cristianos que proceden del judaísmo se reúnen en las sinagogas para realizar la oración con cantos, salmos y escuchar la lectura, mientras que la celebración de la Eucaristía se celebra como un convite en las casas particulares (cf Rom 16,5; 1Cor 16,19; Flp 2; Hch 20, 8). Lo que necesita la comunidad cristiana son “casas” donde reunirse para la celebración la “cena” o la “fracción del pan”, muy distintas arquitectónica y funcionalmente de los templos.

“Domus ecclesiae”

Las primeras reuniones de la comunidad cristiana tienen lugar en la casa de los patricios romanos, se trata de una casa grecorromana que convenientemente adaptada es la “domus ecclesiae” (“casa de la asamblea”).

Progresivamente las “domus ecclesiae” fueron sustituidas por las basílicas, edificios civiles en los que se respeta los cánones de la arquitectura y se adaptan a las celebraciones del culto de la comunidad cristiana.

Otro lugar de culto es el martyrion, edificio de planta central, dedicado a los mártires.

La iglesia se comienza a llamar “casa de Dios”. Frente a esta tentativa, a los cristianos se les recuerda ¿no sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros” (1 Cor 3, 16-17). Es la comunidad cristiana la que santifica el edificio.

Las Basílicas

Las basílicas civiles convenientemente adaptadas para el culto con suntuosidad asombrosa, se comenzarán a ver como templo y palacio del emperador celestial. La complejidad de la celebración litúrgica imperial con su impresionante ceremonial, variedad de plegarias, lecturas, cantos, procesiones... requería grandes espacios que faciliten el desarrollo de un culto luminoso y festivo y tendrán sus consecuencias en la construcción de las basílicas creando espacios celebrativos.

Progresivamente el edificio, la basílica, va adquirir un carácter sacro y tremendo, convirtiéndose en santuario. La iglesia dejaba de ser la “casa de la comunidad” para ser “el Cielo en la tierra, la divina morada en la que Dios habita y se pasea”.

Este nuevo concepto de iglesia va a favorecer el monumentalismo material de los lugares del culto.

Catedrales y otros edificios

Llegará a la Edad Media y será uno de los factores que influyan en la clericalización del culto y el distanciamiento progresivo de la celebración litúrgica de los fieles, refugiándose en sus devociones privadas.

Las construcciones de las iglesias van a reflejar este modo de concebir y vivir la Iglesia y la celebración litúrgica.

Con el Renacimiento, las construcciones de las iglesias se realizarán siguiendo los cánones de los templos antiguos.

Las iglesias se convierten en salones de espíritu clásico. Sus construcciones nos recordarán más los templos paganos que la “casa de la iglesia”.

Con el Barroco se revela la intencionalidad didáctica y seductora en el diseño de los lugares de culto. Se trata de asombrar y cautivar las miradas del pueblo sencillo.

Bajo el impulso del movimiento litúrgico se va a replantear la creación de espacios celebrativos. Con el Concilio Vaticano II se pondrá de relieve que la sacralidad no reside en las piedras del edificio, sino en la comunidad cristiana particularmente cuando se reúne para celebrar la Eucaristía (LG 30; SC 7).

A través de los elementos arquitectónicos y de los diversos estilos habidos a lo largo de la historia, ha quedado reflejada la Iglesia. El punto de referencia es siempre la presencia del pueblo de Dios que se reúne en ese lugar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, actualizando en un lugar concreto la Iglesia de Cristo, esposa y madre.

La Catedral

Las Catedrales son conjuntos arquitectónicos de gran belleza estilística, creaciones artísticas, formados ordinariamente a lo largo de los siglos, de notable interés histórico y cultural; de relevancia arquitectónica y valor histórico.

Resumen y sintetizan la historia de la fe, de la vida y de la cultura del pueblo.

La catedral es la iglesia madre de la diócesis, la “casa de la Iglesia local”, sede y cátedra del obispo. Sólo se puede llamar catedral la Iglesia donde está la

“cátedra”. Su valor simbólico es significado por los textos apocalípticos que representan a la nueva Jerusalén como una novia que baja del cielo, preparada para el desposorio.

Simbolismo que en las catedrales góticas alcanza su expresión cumbre. Simbolizan la Jerusalén celeste; significan la espiritualidad y sus agujas se interpretan con la plegaria que sube al cielo.

La fachada norte representa al Antiguo Testamento, en ella aparecen esculpidas sibilas y patriarcas; preside la Virgen María Madre, como Madre de Cristo, señala el camino que lleva al Nuevo Testamento.

La fachada sur la preside Cristo rodeado de apóstoles, mártires y justos.

El rosetón de la puerta principal por lo general especifica a Cristo sentado en el trono como Señor del Cielo.

La catedral es signo de otra grandeza, figura y promesa del palacio eterno de los cielos, de la catedral definitiva, que es la meta de toda esperanza cristiana.

La “Iglesia” que se evoca, cuando se habla de la catedral, no es la de una comunidad particular, sino de la misma Iglesia particular, la diócesis, por lo que la catedral no simboliza una parte de la Iglesia, sino la Iglesia en su totalidad.

La catedral refleja la identidad de la diócesis, como la “casa solariega”, refleja la identidad de la familia que la habita.

Muchas catedrales reflejan en las etapas de su construcción, las etapas de su historia, los gustos artísticos, los cambios y situaciones concretas de la comunidad diocesana.

Es ella, la comunidad cristiana que forma la Iglesia particular, la que se encuentra representada en estas etapas de la catedral.

La catedral es lugar de referencia permanente la reunión de todos los diocesanos.

Cuando la catedral fue ocupada por los canónigos con la construcción de los coros en el centro y fueron los únicos fieles que quedaron en la catedral, algo grave había sucedido en la vida de la Iglesia diocesana. Las catedrales quedaron divididas en capillas laterales para la devoción de los gremios o enterramientos. Una nueva manera de entender y vivir la Iglesia, una eclesiología determinada, estaba en la base de la estructura y celebración litúrgica en la catedral.

La Sede o Catedral

La catedral es algo vivo lo que exige el esfuerzo de mantener la catedral en su identidad de “casa de la Iglesia diocesana”, habitada por la comunidad que ora.

La estructura arquitectónica, sus elementos artísticos, la riqueza cultural que encierra, no nos debe hacer olvidar que es el lugar donde se encuentra la “Cátedra” episcopal. La sede o cátedra es enriquecida por el arte resaltando su valor simbólico a través de su expresión artística como sede vacía u ocupada por la cruz gloriosa como símbolo de espera de la venida del Crucificado-Resucitado para ser Juez, al final de la historia.

La cátedra episcopal tiene siempre referencia a esta imagen simbólica: cuando está ocupada, porque ella es el lugar donde Cristo, por la palabra apostólica, juzga a su pueblo; cuando vacía, porque nos hace pensar en aquél momento que ocupada esta cátedra que el arte cristiano antiguo ha representado vacía. Entonces, todas la cátedras humanas quedarán vacías y sin sentido porque la única cátedra será la de Aquel que ha venido a juzgar a los vivos y a los muertos. Lo que importa de la cátedra o sede, no es su simple objeto por muy artístico que sea, lo que lo importante es el signo de sucesión apostólica que es el obispo. Un signo sensible de que el Apóstol continúa en la Iglesia. Por lo que la cátedra que está en la iglesia adquiere su significado en la Iglesia de la fe y a la vez el que está sentado en la cátedra es garante de la fe de la Iglesia. La cátedra está en el corazón mismo de la comprensión de la Iglesia diocesana.

El altar o Mesa

Junto con la “cátedra” está el “altar” del obispo

Es el altar donde celebra el obispo la eucaristía rodeado de su pueblo. La Eucaristía es signo y causa de comunión. Nunca el Pueblo de Dios es más Iglesia, ni el Obispo más obispo, que cuando celebra la Eucaristía en el altar “mesa” de su catedral, rodeado de su grey y por el Presbiterio. Es la forma más expresiva de realizar y confirmar la comunión eclesial. El altar, o “mesa” no interesa como objeto artístico, nos interesa por su valor como símbolo de comunión.

La Pila Bautismal y Sede Penitencial

“Cátedra” y “Mesa” son completadas por la pila bautismal y la sede penitencial: son los sacramentos de la iniciación cristiana que encuentran un lugar muy significativo en la Catedral.

La Pila bautismal es uno de los elementos que ha marcado la arquitectura y la expresión artística de las catedrales y de las iglesias parroquiales, bien como elementos arquitectónicos exentos o en un lugar adecuado a fin de indicar su carácter de primer sacramento y “puerta” de la Iglesia.

Los testimonios litúrgicos nos hablan con precisión del baptisterio para el baño sacramental y del “consignatorium” como lugar donde el obispo confirma a los neófitos antes de pasar a la asamblea eucarística.

Por medio de los sacramentos de la iniciación es como se visibiliza que la iglesia catedral es la Iglesia madre: su baptisterio es, por excelencia, a causa de su relación con el obispo, el “uterus Ecclesiae”.

Hoy la Catedral es testimonio y prueba de la fe de un pueblo, con todas sus creaciones artísticas, huellas históricas y hechos culturales.

Es una “casa abierta”, acogedora, testimonial tanto para los de la ciudad como para cuantos la visiten. Abierta para que todos puedan entrar a orar como en su propia casa, para admirar y descubrir a la Iglesia que la habita, para estar en silencio a la escucha o elevando el espíritu guiados por la luz de vitrales; acogedora para tener lugar el encuentro personal que las personas necesitamos, para la reconciliación o simplemente escuchar al que necesita expresarse, para explicar el Evangelio, recitar salmos e iluminar la propia experiencia.

La catedral deberá manifestar la vida de la Iglesia local. Lugar de las grandes fiestas de la comunidad cristiana y de las fiestas de la ciudad en la medida que esta fiesta está enraizada en la fe.

Los Monasterios

Son conjuntos monumentales en los que se integran diversas partes o edificios que responden a la vida espiritual y material que realiza la comunidad religiosa que allí vive: iglesia, coro, sala capitular, refectorio, biblioteca, botica, almacenes, cilla, huerta, etc. Suelen destacar – arquitectónica y artísticamente – los claustros por ser la arteria vital que comunica las distintas dependencias y en

torno al cual gira la vida pública y privada de la comunidad como ente y del monje como individuo.

Cada periodo de la historia monástica ha quedado reflejada en la arquitectura de sus monasterios con las diversas expresiones artísticas de la época, como reflejo de concebir y vivir la vida religiosa comunitaria, formando grandes comunidades.

Así los cenobios cristiano-mozárabe se construyen generalmente en torno a la gruta y son edificaciones de reducidas dimensiones. Espacios cuadrículados y cerrados no apropiados para grandes y heterogéneas comunidades y que reflejan más la soledad del individuo, el aislamiento del hombre que busca su salvación.

Los monasterios se construyen y se organizan como “la ciudad de Dios” frente a las ciudades de los hombres que se organizan en tierras de realengo o de señorío y bajo su protección con criterios políticos y económicos. Desde el punto de vista estrictamente económico, los monasterios encuentran sus antecedentes en la villa tardorromana. Cada monasterio se organiza al estilo de una villa, como una célula de explotación agraria.

El hecho de que esté habitado por una numerosa comunidad hace que con el paso del tiempo el edificio haya adquirido grandes dimensiones en relación a la compleja actividad que en torno a él se desarrolla.

Los monjes han influido decisivamente en el progreso de los recursos materiales, en el desarrollo de técnicas agropecuarias y artesanales. Amplias extensiones de tierra de Submeseta norte, Galicia, Vasconia, La Rioja, Aragón y Cataluña se repoblaron y colonizaron por el impulso de los monasterios; junto a esta actividad material, en los monasterios se guardó y conservó durante siglos el pensamiento y la cultura clásica, que posteriormente enriquecida por el estudio, la copia y las iluminaciones, en los escriptoria y escuelas monásticas, fue enseñado y transmitido a nuevas generaciones.

Desde el punto de vista social ejercieron una labor muy significativa con la acogida de huéspedes y peregrinos, fugitivos a los que conceden el derecho de asilo, así como la asistencia institucional a enfermos y desamparados. No fueron ajenos a los problemas sociales de su tiempo, por el mandato de las reglas monásticas.

Como foco de espiritualidad, los monasterios son expresión del hombre que lo habita. El monje aspira a ser el hombre nuevo que es Cristo. Está en el mundo, pero no es del mundo, busca vivir su vida escondida en Cristo. El monje

vive en el monasterio a la búsqueda de Dios por medio de la alabanza, de ahí la importancia del coro para el canto de “oficio Divino” y el despego de la tierra. Es una vida profética que nos recuerda nuestra condición de peregrinos. La vida monástica es el coronamiento de toda la existencia de la sociedad cristiana, representada en la cúpula del edificio sagrado que forma parte de la construcción. Junto a esto, el trabajo intelectual y material, le recuerda el mandato de Dios al comienzo de los tiempos

El claustro

El claustro es el peristilo o galería que rodea el patio interior del monasterio o de la catedral o iglesia.

Arquitectónicamente y desde el punto de vista de los diversos estilos: románico, gótico, renacentista, barroco... hay bellísimos ejemplares, con riquísima y variada abundancia de capiteles historiados en el románico de gran belleza y valor didáctico.

En torno al claustro transcurre la vida del monasterio o de la catedral.

En él se encuentra la entrada a la iglesia, la sala capitular, el refectorio, la farmacia, otros oficios, capillas de enterramiento y demás dependencias. Es el corazón del monasterio, como la plaza en los pueblos de Castilla. Es como una isleta de naturaleza libre; el lugar donde el aire, la luz del sol, los árboles, el ciprés, símbolo de inmortalidad, la fuente del agua, los cantos de las aves, nos evocan la frescura y la pureza de los primeros días de la creación. Allí se medita y contemplan las maravillas que ha hecho el Señor progresando en su “conocimiento”.

En el claustro tienen lugar los actos más importantes de la vida del monje, es instruido, realiza la lectura de los textos bíblicos... A ello se debe que los capiteles estén adornados con figuras simbólicas, adecuadas para guiar y marcar el camino hacia la verdad. Los claustros han sido escenarios de una intensa vida espiritual y cultural.

La iglesia parroquial

Es la “casa de la comunidad concreta”, que también ha ido evolucionando para convertirse en lugar sagrado o “casa de Dios”.

Sus elementos arquitectónicos y artísticos nos hablan de la comunidad que la habita.

Pila bautismal

Es significativo su pila bautismal que como elemento arquitectónico es colocada a la entrada de la iglesia como símbolo de ser el bautismo la “puerta” de la Iglesia.

La nave

La “barca” que es la Iglesia, donde se congrega la “Iglesia, el pueblo de Dios.

El presbiterio con los elementos del retablo, como elemento significativo, con las escenas de la vida de Cristo, la Virgen María o el santo o santa titular.

La mesa, sede y ambón para la celebración de la eucaristía

Capillas laterales o enterramientos. No faltan las capillas laterales para enterramientos o devociones de los fieles o de los gremios.

Las ermitas

Son numerosas las ermitas que llenan los campos como son signos religiosos de gran importancia y muchas de ellas de un gran valor artístico. Son lugares de atracción para las gentes por su significación dentro de la religiosidad popular y / o por su valor artístico. Ellas son también lugar de obras de arte y de signos de religiosidad de gran valor humano y cultural: exvotos, pinturas que reflejan la fe sencilla del pueblo al describir el milagro el favor atribuido a la intercesión de la Virgen o del santo al que se ha dedicado o expresión de la promesa. Por lo general, son lugares de encuentro, de peregrinaciones o romerías con grandes posibilidades para la evangelización.

2.- Bienes muebles

El conjunto de obras de arte integrado por realizaciones en escultura, bien sea en relieve o en bulto redondo, en diversos soportes: madera, piedra, marmol, alabastro, bronce...y con diversos estilos; pintura en diversos soportes:

lienzo, tabla, cobre, yeso, con diversos procedimientos y estilos, formando hermosos retablos tanto de escultura y pintura, como murales; textiles y bordados: tapices y ropa litúrgica; códices, miniaturas e iluminaciones de textos; obras suntuarias: marfil, esmaltes, orfebrería... objetos litúrgicos, son de gran belleza estilística, y responden a los grandes momentos del arte, realizados por anónimos o grandes genios, pero que son vehículo y expresión de la fe.

Todas ellas han nacido dentro de un contexto de la vida de la Iglesia y han recibido unas connotaciones religiosas y devocionales, que escapan a todo estudio técnico de la obra y que sin su conocimiento y valoración difícilmente se pueden comprender.

Son expresiones plásticas, de gran belleza estética, a través de las cuales se comunica y expresan los contenidos y experiencia de fe, como hemos venido afirmando. Todas ellas integran una gramática de signos y símbolos. Unos inspirados en la sagrada Escritura, otros han sido tomados de la naturaleza, otros son gestos espontáneos de la expresión religiosa, tomados de otras religiones y cristianizados.

La confesión del Credo en las diversas expresiones artísticas

Las representaciones plásticas cristianas más antiguas que nos han llegado de la primitiva Iglesia se centran en el tema de la salvación y en la oración de suplica de los que vivían con el riesgo de las persecuciones.

La afirmación de fe que realizan a través del arte es la confesión del Salvador. Para ello, retoman los temas paganos de la vida idílica después de la muerte simbolizada en escenas agrícolas y pastoriles y en la fecundidad de la vida vegetal, reconvertidos a los contenidos cristianos:

- 1.- El buen pastor, el de la parábola, que es Cristo Salvador que coge a las almas para llevarlas a las celestes praderas de la salvación, el Paraíso eterno. Símbolos bíblicos: Abrahám sacrificando a su hijo Isaac en figura de Dios sacrificando a su Hijo por la salvación de los hombres, Noé con el arca que evoca a Cristo triunfante y salvando a su Iglesia, Moisés que hace brotar de la roca el agua y que es Cristo como roca de la cual brota sangre y agua, Jonás vomitado de la boca de la ballena y es Cristo resucitado.

2.- Frente a los “sabios de este mundo” que ponen la salvación en el conocimiento de la verdad, la respuesta de los cristianos se hace visible en el arte con las representaciones del maestro filósofo evocando que Cristo es el verdadero Maestro que trae al mundo la verdadera sabiduría.

3.- La evocación artística de los sacramentos del bautismo y de la eucaristía van destinadas a hacer sentir a los fieles que estos sacramentos son fuentes de salvación.

Junto con estos temas centrados en la misión de Cristo, la salvación, está representada la actitud orante de súplica.

Nota:

En esta primera etapa las representaciones artísticas, primeras figuras de Cristo, no son representaciones que tengan relación con problemas cristológicos. No abordan el tema de la personalidad de Cristo, sino su misión salvadora.

Segunda etapa

- Con la paz de Constantino aparece una nueva visión de la figura de Cristo, adaptada a las nuevas formulaciones de los dogmas definidos en los concilios ecuménicos.
- Del interés por mostrar la misión salvadora de Jesús, se pasa al misterio mismo de su persona; lo que se persigue es una rigurosa cristología, desaparece la figura del buen pastor y la del maestro.

El Cordero místico

- Por encima de otras figuras alegóricas, se difunde la del Cordero símbolo del mismo Cristo, el Cordero místico, el Cordero del Apocalipsis, el Cordero entronizado y sacrificado, el único “digno de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, el honor, la gloria y la alabanza” (Ap 5, 6-14). Rodeado y seguido por los mártires, primeros testigos de la fe, la figura del filósofo maestro es sustituida por la del Señor no tanto como maestro, cuanto como Señor.
- La figura imberbe de Cristo responde a la imagen de una Iglesia triunfante.

Pantocrátor

- El Cristo aparece como Cristo Pantocrátor, Juez de la historia, Kyrios del universo, con los atributos del emperador: estola, manto dorado, sandalias en los pies, nimbo, rollo de la ley, gesto de dirigir la palabra, trono, escabel, jerarquía angélica... simbología del poder

Junto con la expresión artística de los dogmas cristológicos, el arte de esta época es expresión de otras sensibilidades cristianas.

- Frente a los que niegan el poder a la Iglesia de perdonar pecados, la autoridad de los obispos... tiene su respuesta en el arte con la imágenes que representan a Cristo en el centro entregando su ley a Pedro y Pablo, el arrepentimiento de Pedro de la negación y en canto del gallo, la entrega de las llaves a Pedro con el fin de resaltar la autoridad de Pedro.

La Figura de María

- En coherencia con la imagen de Cristo, la figura de María como Theotókos: María entronizada, flanqueada por ángeles y santos, presenta al Niño Dios, bajo una corona regia otorgada por la mano divina en un cielo de nubes.

El Icono

En el icono los personajes aparecen ensimismados, absortos, inmóviles, hieraticos; se da frontalidad en las figuras y la estilización de las líneas; geometrización orientada hacia el simbolismo y hacia una belleza plástica con predominio del cromatismo, con los ojos muy dilatados y la boca cerrada, sobrecogidos en la contemplación de la gloria de Dios.

Se utiliza el oro en los fondos y en los detalles de los vestidos porque su resplandor y su brillo es el símbolo de Dios, del que dice la Escritura que “es luz y en él no hay sombra” (1 Jn 1,5).

Todo parece que se ordena a imponer el sentido de presencia trascendida de los personajes representados, a sugerir su existencia supraterránea y movilizar la fe del contemplador creyente en esa existencia, más que figurar anécdotas de su historia terrenal.

- Occidente:
- El Románico

- En occidente la iconografía románica sigue la temática cristológica que responde a una fe ardiente en la divinidad de Jesús, frente a las herejías cristológicas.

- Cristo es presentado ante todo en majestad y como Pantocrátor. Pero junto a la divina Majestad de Cristo, el pueblo necesita el ejemplo consolador y heroico de Cristo crucificado. Un Cristo inmolado por obediencia al Padre y por amor a los hombres: el Siervo de Yahvé.

El temor ante la inminente venida del fin del mundo les lleva a presentar a Cristo como Juez escatológico y las escenas de la Asunción y Pentecostés, el envío de Cristo a los apóstoles y el envío del Espíritu Santo, que sintoniza con el espíritu de los caballeros de la cruzada.

María

Junto con la temática cristológica, la Virgen María ocupa un lugar destacado, dentro de la tendencia de ennoblecer a la mujer.

María verdadera Madre de Dios es presentada como “Sede de la sabiduría” hasta culminar en la majestad de María.

Culto a las reliquias

Sigue el culto a las reliquias con las figuras de los Apóstoles y de notables mártires. No faltan escenas que representan la lucha contra el pecado.

Nota: El hombre del románico utiliza toda una serie de símbolos para significar relaciones con el mundo moral. El saber humano ha quedado reflejado en las expresiones artísticas del románico.

Gótico: Humanización

Progresivamente se va realizando un movimiento de pensamiento y un cambio en la cultura subrayando la importancia de la razón, de la naturaleza y de las ciencias, con un cambio de sensibilidad religiosa, que tiene su consecuencia en el arte.

Una tendencia humanizadora que lleva a que la representación artística de Cristo y de los santos se realice expresando sentimientos de dolor y alegría.

Junto con esta sensibilidad esta también en gusto por la narración y lo concreto que tiene como consecuencia un arte historicista. Ello responde a la tendencia teológica de recordar los hechos de la vida de Cristo, y aparecen los ciclos seriados de la vida de Cristo, la Virgen y de los santos.

El mundo es visto como bueno y el artista cristiano lo acepta como motivo de representación, adoptando su naturalidad y claridad.

Pintura Flamenca

La pintura flamenca resalta por su naturalismo, realizaciones en las que refleja su extremada minuciosidad en objetos y en descripción de la estancia y paisaje donde se realiza la escena narrada, para resalta que el espacio donde se realiza la salvación es en este mundo (Actualiza la salvación).

La visión del mundo realizada desde la centralidad del hombre va desplazando el sentido religioso de la vida. El hombre va adquiriendo conciencia de ser el centro y cúspide de todo. Progresivamente se va fraguado el humanismo renacentista.

Se está abriendo el camino a la escultura y pintura cristiana de los grandes genios.

Las nuevas formas religiosas con atención a los sentimientos y a la vida interior del creyente anima el proceso artístico hacia la humanización de la representación de Cristo.

Los acontecimientos de salvación tienen lugar dentro de la vida ordinaria. Por esto, en el renacimiento, las acciones y los personajes se insertan dentro de las dimensiones espaciales de la perspectiva geométrica.

En virtud de la perspectiva, el cuadro, el relieve, es como una ventana abierta al exterior que da continuidad al espacio interior de la habitación o que abre ésta a la calle o a la plaza pública donde acontece la vida pública y privada y donde actúan Cristo y sus apóstoles.

Trento

La intervención del concilio de Trento sobre las imágenes y su decreto sobre la justificación, afirmando el valor intrínseco de la persona humana, a pesar de su permanente inclinación al pecado, pero abierto a la relación con

Dios y capaz de la libre colaboración con la gracia, que da valor a toda la realidad creada, tiene su efecto en las expresiones artísticas.

El Barroco es el estilo artístico que va a servir como cauce y vehículo de los aspectos doctrinales de Trento.

Artísticas del barroco con la representación sensible de la santidad y de la gracia que se manifiesta por medio de los recursos plásticos muy aparatosos y empíricos, tales como el rompimiento de gloria, fognazos de luz desde las nubes, ojos vueltos a lo alto y boca entreabiertas, figuras levitando, con abundancia de símbolos, resultando obras cargadas de significación compleja que buscan mover y conmover al espectador.

Aparece el tema de la Eucaristía y las series narrativas de la Historia de la Salvación, Antiguo Testamento y narraciones evangélicas como soporte para las misiones populares.

La Ilustración

Con la Ilustración aconteció la revolución filosófico-cultural en la manera de concebir el mundo.

Los filósofos racionalistas y los científicos ya no miran el mundo como una imagen del Creador, sino como un conjunto de energía.

La carencia de ideas y de inspiración hace que se vuelva a estilos y modelos antiguos durante buena parte del siglo XIX. Se inicia la ruptura del diálogo de la fe con la cultura.

Asistimos al desencanto del mundo y a la secularización y se inicia la crisis en el arte cristiano.

No se acepta el lenguaje artístico tradicional y no se logra otro más acorde con la nueva mentalidad.

Siglo XX

Algunos elementos de la tradición cristiana nos los encontramos también en autores contemporáneos.

Autores del siglo XX han tratado temas religiosos en sus composiciones.

Ciertamente, el fuerte subjetivismo del artista –tantas veces no en consonancia con la fe de la Iglesia– expresado en estas obras de arte las hace difíciles para la piedad común de los fieles.

Las Vanguardias

El lenguaje artístico de las Vanguardias también es apto para expresar la fe.

Los artistas actuales han sabido captar con fuerza expresiva la situación dolorida de este hombre del siglo XX.

El Museo

El Museo es una institución de carácter permanente al servicio de la sociedad y su desarrollo que adquiere, conserva, investiga, comunica, y exhibe, para fines de estudio, educación y contemplación, conjuntos y colecciones de valor histórico, artístico, científico y técnico de cualquier naturaleza.

En él predomina más el aspecto práctico de la enseñanza que el teórico.

En una concepción cristiana, el museo de arte religioso no es un lugar frío en el que se conservan los vestigios del pasado, algo así como una almoneda de obras de arte, de historia, de arqueología de cierto interés cultural; no es un ente anclado en el tiempo y mirando permanentemente y exclusivamente hacia el pasado; es una institución educativa dinámica y activa, que debe seguir el desarrollo, evolución y novedades del mundo circundante, así como los adelantos pedagógicos y científicos, para incorporarlos progresivamente al servicio de sus fines.

El Museo de la Iglesia se concibe como centros que recogen los objetos de arte religioso y sacro que están desafectados de culto, a fin de conservarlos y ponerlos al servicio del bien común desde el punto de vista educativo, de difusión cultural e información y de su propio fin que es el de la Evangelización o servicio a la fe del pueblo.

Los Museos de arte religioso, que están constituidos por fondos fundamentalmente objetos de arte religioso en general, que están o estuvieron destinados directamente al culto divino y a la devoción del pueblo, o trata simplemente de temas religiosos, por la naturaleza de las obras y su propia finalidad al servicio de la evangelización, requieren un tratamiento especial, pide y exige una atmósfera singular, un ambiente propio y distinto a otros museos.

Las obras de arte religioso han de ser expuestas y contempladas no como simples objetos de arte, olvidando su naturaleza e identidad que le confiere el ser una expresión artística de la fe.

La dimensión religiosa de la obra de arte, nunca la pierde. Lo religioso no se puede ignorar ni subordinar a lo artístico. Hay que evitar la tentación de rea-

lizar una lectura laicista que intenta atonomizar la historia y la estética como ámbitos disociables, al menos en la reflexión, de la política y lo religioso.

La obra de arte religioso o sacro es lo que es, y, si prescinde del sentido religioso, que es su alma, ya no se considera en su totalidad, en su verdad, mutilando la razón que le da sentido.

Aun cuando no esté expuesta al culto, ni a la piedad de los fieles, la pieza de arte sacro y religioso no pierde su identidad originaria, sigue siendo un testimonio de fe y de la vida cristiana de las comunidades de la que es testimonio y encierra en sí estímulos y valor para contemplarla en su totalidad. La Iglesia no puede presentar un objeto de arte religioso como objeto de arte neutro y renunciar a su finalidad evangelizadora.

Los museos de arte religioso transmiten unos conocimientos y experiencia que van más allá de la técnica y del arte, y se ponen en contacto con un mundo sobrenatural, estimulando sentimientos transcendentales por lo que se ha de procurar que sean educativos

Renunciar a museos de arte religioso, sería renunciar a un instrumento pedagógico de la fe y a unos deberes derechos de custodia e interpretación de la historia.

Exposiciones

El museo, como la exposición de arte religioso itinerante, es instrumento al servicio de la educación en la fe.

En su dimensión evangelizadora, las muestras de arte religioso prestan un servicio inestimable al ser un medio a través del cual son muchas las personas de diversas procedencias y situación respecto de la fe, que se acercan para su contemplación y que entran en contacto con el hecho religioso.

Como criterio

No ha de buscar halagar o divertir al visitante, ni deslumbrar mostrando grandes obras y metales preciosos, sino que tiene como fin recobrar la memoria de la fe o mostrar la fe expresada en esas obras de arte.

Ello requiere que se respete el ambiente propio de la obra de arte, se le muestre dentro de un iter, ordenación en función de su identidad y fin, y presen-

te un texto breve con la descripción técnica y de la fuente de inspiración. Sólo conociendo y valorando el origen y el fin de las obras de arte, su dimensión evangelizadora, se podrá hacer de ellas un instrumento para la evangelización²³

3.- Bienes documentales

- Los archivos: Memoria y Profecía.
 - Dentro de los archivos destacar:
 - Libros sacramentales, de fábrica y otros documentos.
 - Fondos musicales.

- Los fondos musicales
 - Importancia de la música y el canto en la vida del hombre y de la Iglesia.
 - realidades primarias y fundamentalmente humanas.
 - En la vida de la Iglesia: la celebración y el canto

Los Archivos constituyen los lugares de la memoria

Un pueblo no existe sin “memoria histórica” que le habla de sus raíces y de su identidad, sirviendo de referencia a las nuevas generaciones. Los archivos eclesiásticos están formados por diversos fondos, colecciones y secciones: libros sacramentales, de fábrica, libro de crónica, legajos con todo tipo de papeles y libros de cofradías.

Los archivos recogen la “memoria de fe”, el testimonio de vida de los cristianos que nos han precedido. En ellos encontramos los datos más importan-

23 GERMÁN DE CONSTANTINOPLA. *Historia Eclesiástica* (PG 98, 384) según cita de PLAZAOLA, Juan. *Historia del arte cristiano BAC (Sapientia Fidei)* Madrid, 1999, pá. 36.

La Sagrada Congregación del Clero en su Carta Circular del 11 de abril de 1971 prescribe su creación a fin de colocar dignamente la sobras de arte y los tesoros transmitidos durante siglos que resultan inadecuados para el culto divino. En los acuerdos de la Asamblea Plenaria del Episcopado Español (noviembre 1980, conclusión 6) dice “recoger los objetos artísticos que no tengan culto, trasladándolos al Museo diocesano o a Depósitos adecuados, propiedad de la Iglesia, para evitar cualquier clase de deterioro o robo”.

tes del origen, desarrollo de la vida y actuaciones más significativas de las comunidades cristianas.

Su valor documental como fuentes para la investigación y el estudio es muy grande. Son un campo inagotable de exploración arqueológica, pues de ellos suelen emanar nombres de nuestros arquitectos y artistas, las capitulaciones de las obras monumentales, como templos, santuarios, cruces de término, retablos, imágenes y costumbres particulares. Los fondos documentales son excelentes para conocimiento de la Iglesia y su desarrollo en ese lugar.

Los fondos musicales: La música y el canto en la vida de la Iglesia

El canto:

Realidades primarias y fundamentalmente humanas.

El arte de la música se basa en los sonidos que para ser producidos requieren una elaboración y organización previa, algo que sólo el hombre es capaz de hacer.

Sólo en un sentido poético podemos hablar del canto y de la música que emite la naturaleza: es nuestra capacidad de hombres la que nos hace comprender una melodía, y de percibir la armonía en que se puede conjugar varios sonidos, la que nos hace transportarnos y crear y elevar nuestros sentimientos.

Sólo el hombre es el que canta y el que es capaz de hacer el sonido musical. Es a través de la música como el hombre comunica sus sentimientos más profundos, se encuentra y congrega en grupo, por que la música y el canto convoca y reúne a los hombres, los une y les lleva a participa en el grupo, los identifica como miembros de un mismo grupo social o etnia.

El canto y la música expresa la identidad de un pueblo. La música es el lenguaje universal que todos entienden. El hombre sin la música y el canto es incomprensible, por que fluye de lo más profundo de su ser. También la música y el canto tienen un papel importante en la apertura del hombre hacia Dios, le abre a la trascendencia y eleva sus sentimientos.

Importancia del canto en la vida de la Iglesia:

La celebración y el canto

- El Concilio Vaticano II dijo: “La tradición musical de la Iglesia universal constituye un tesoro de valor inestimable que sobresale entre las demás expresiones artísticas, principalmente porque el canto sagrado, unido a las palabras, constituye una parte necesaria o integral de la liturgia solemne” (SC 112). La composición y el canto de salmos inspirados, con frecuencia acompañados de instrumentos musicales, estaban ya estrechamente ligados a las celebraciones litúrgicas de la Antigua Alianza” (CCE 1156).
- El canto de Moisés es fruto de la fe. “Al ver Israel la gran hazaña que Yahvé había hecho contra los egipcios, el pueblo temió a Yahvé y creyó en él y en Moisés, su siervo” (Ex 14,31), el canto es entonado como explosión de alegría para alabar a Dios. Es un medio para celebrar la liberación y exaltar a Dios libertador (Cf. Ex 15,1-2). Este es el hecho clave que será recordado, vivido y actualizado en la liturgia.
- Cantar un cántico nuevo”, es siempre la respuesta agradecida del pueblo a la intervención de Dios en la historia a favor de los hombres. De este “cántico nuevo”, la Iglesia desde los tiempos apostólicos se sintió heredera. La Iglesia continúa y desarrolla esta tradición: “Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor” (Ef 5, 19; cf Col 3, 16-17).
 - En los primeros siglos la Iglesia mostró ciertas reservas respecto a la música.
- La Iglesia respeta y cultiva el canto, pero se muestra desconfiada respecto a los instrumentos. El rechazo de un cierto tipo de música instrumental respondía a buscar un culto más espiritual; pero no por ello fue un obstáculo para que el culto de la Iglesia y la oración personal se manifestara en forma de canto, sostenido y apoyado por instrumentos sencillos, como la cítara, la lira y las flautas.

Un testimonio sobre la importancia del canto la tenemos en San Agustín:

- “Tan pronto como llegó la hora de inscribirse para el bautismo en Milán... ¡Cuánto lloré escuchando vuestros himnos y vuestros cánticos, profundamente emocionado por las voces suaves que resona-

ban en vuestra iglesia! Aquellas voces destilaban por mis oídos, y se filtraba la verdad en mi corazón, y se desprendía de ellas un empuje de piedad y las lágrimas me resbalaban...”.

- La Iglesia canta sabiendo que se encuentra en camino; canta como los caminantes y peregrinos. San Agustín nos exhorta : “Andad por el camino –Cristo–, cantad mientras andáis. Los caminantes lo hacen para olvidar el cansancio. Vosotros cantad en este camino; andando este camino, mirad que sea este mismo camino el que os haga cantar: debéis cantar un cántico nuevo; que nadie en este camino cante cantos viejos: vosotros debéis cantar los cantos del amor de la patria. El camino es nuevo, que sean nuevos los caminantes y nuevo el canto”.

Evolución del canto y momentos históricos

Con todo, el canto y la utilización de los instrumentos en la liturgia de la Iglesia fue evolucionando de un modo notable hasta nuestros días.

La música monódica, el canto llano, propia de la liturgia latina se va extendiendo por toda Europa con diferentes características propias de cada región.

Será a finales del siglo VI cuando el Papa Gregorio Magno unificará la liturgia y tres siglos más tarde la música, monódica, se llamará Gregoriano con un gran desarrollo. Con la aparición del órgano, que se convertirá el instrumento musical litúrgico de la Iglesia, desaparecerá la polémica sobre los instrumentos musicales.

En sucesivas etapas y en los diversos momentos de la historia se van introduciendo nuevas sensibilidades.

1.- Con el Renacimiento, la música modal, los instrumentos de cámara y la polifonía irrumpen en la liturgia.

2.- En el Concilio de Trento se acentuará la importancia que tiene la música que hace inteligibles los textos litúrgicos.

A pesar de ello, los compositores, llevados de las posibilidades abstractas de la armonía y por el contrapunto, se olvidarán de la importancia que la música tiene para sustentar la plegaria y servir a la palabra.

3.- El Concilio Vaticano II dio unos principios claros y estimulantes, al defender la naturaleza de la música en la Iglesia estableciendo que no es un ele-

mento embellecedor del culto, sino que ha de estar al servicio y ha de expresar la plegaria.

La música ha de ser educadora y evangelizadora. Por medio de la música damos gloria a Dios y se eleva la sensibilidad del pueblo. La Iglesia posee unos fondos musicales fruto de su fe vivida y celebrada a lo largo de la historia que le ha servido para la alabanza y acción de gracias a Dios y elevar los corazones de los hombres, sostener la oración y la fe de los “caminantes”. Al conservarlos, rescatarlos y difundirlos vuelve a dar gloria a Dios.

Las Bibliotecas Eclesiásticas contienen la reflexión y el saber de la Iglesia

Reúnen, conservan, clasifican, catalogan y difunden conjuntos y colecciones de libros, manuscritos e impresos, y otros materiales bibliográficos o reproducciones por cualquier medio para poner al servicio de los hombres y de la comunidad cristiana “los monumentos de la cultura humana y cristiana de cada época, constituyen un tesoro inagotable de sabiduría, en la cual toda la comunidad eclesial y la misma sociedad civil puede encontrar, en el presente la memoria del pasado”.

El interés de la Iglesia por las “Bibliotecas Eclesiásticas” radica en su misión evangelizadora y lo “constituye el hecho que el ‘fermento del Evangelio’ -del que la Iglesia es a la vez depositaria y comunicadora- en la medida que se ha insertado en las diversas disciplinas del saber, ha dado origen a la historia cristiana y a la cultura cristiana o cristianamente inspirada, produciendo una grandiosa fermentación del pensamiento religioso, literario, filosófico, jurídico, artístico, psicopedagógico, etc.

Por eso el testimonio que dan los libros (...) son, para la Iglesia, un medio insustituible para poner a las generaciones, que se asomen a la vida y a la fe cristiana, en contacto con todo lo que el evento cristiano ha producido en la historia y en la reflexión humana, para no privarles de la experiencia ya tenida quizás por las generaciones precedentes en el curso de sus respectivas culturas” (Circular 1994, n 1.2).

La Bibliotecas Eclesiásticas son lugar del diálogo fe-cultura, al ser un “lugar típico de encuentro entre las diversas formas del saber” (Circular 1994, 2.2) “que como trasfondo, se encuentra en la concepción cristiana de la búsqueda

da de la verdad, que lleva consigo el interés y la cercanía a cualquier sector de la historia de la cultura en el que aparezca practicada y documentada la experiencia de esa búsqueda” (Circular 1994, 2.3).

Un obstáculo para la evangelización y que es el drama de nuestro tiempo, es el divorcio entre la fe y la cultura, denunciado por Pablo VI en la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*.

Es urgente este diálogo y esta pastoral de cultura. “La ciencia y la tecnología han demostrado ser medios maravillosos para aumentar el saber, el poder y el bienestar de los hombres, pero su utilización responsable implica la dimensión ética de las cuestiones científicas. Planteadas con frecuencia por los mismos científicos en busca de la verdad, tales cuestiones ponen de manifiesto la necesidad de un diálogo entre ciencia y moral. Esta búsqueda de la verdad trasciende la experiencia de los sentidos, ofrece posibilidades nuevas para una pastoral de la cultura orientada al anuncio del Evangelio en los ambientes científicos”.

En la preocupación por la búsqueda de instrumentos de evangelización y de la cultura del pueblo de Dios, son las bibliotecas eclesiósticas uno de estos instrumentos al encontrarse en ellas y de modo vital el hecho religioso cristiano, las raíces bimilenarias de una cultura, sin la cual el mundo sería más pobre.

Muy importante en esta dimensión evangelizadora de las Bibliotecas Eclesiósticas lo constituye la figura del bibliotecario, como animador de la cultura y en consecuencia de la evangelización.

El compromiso de las Bibliotecas Eclesiósticas con el saber, la cultura y la evangelización es lo que obliga a estar mejorando la consulta y renovando continuamente sus fondos para poner a mano de los lectores las mejores ediciones de las fuentes de la teología, así como del pensamiento humano, incluso el contrario al Evangelio, para que tanto la formación de los pastores, como la pastoral de la cultura, respondan realmente a la generación actual y no a generaciones pasadas.

Conclusión:

El Patrimonio Histórico-Artístico de la Iglesia, integrado por el conjunto de bienes inmuebles, muebles y documentales, son el testimonio de la actividad artística de la comunidad cristiana, pero sobre todo, son la expresión de la fe. Ellos sirven para dar esplendor de belleza a los lugares de culto, expresión de la

piedad, de la vida religiosa, del estudio y de la memoria de la Iglesia, por lo que se puede afirmar que, con todo este conjunto de “Bienes Culturales” que ha acompañado a los acontecimientos de la vida de la Iglesia y son el testimonio de fe, son instrumentos idóneos para promover la evangelización del hombre moderno.

3.- Los “Bienes culturales” en el proceso de la Evangelización

1. En la acción misionera
2. En la acción catequética
3. En la acción Pastoral

1.- En la acción misionera

- Destinatarios:

Un gran número de bautizados que viven al margen de toda vida cristiana, en la indiferencia religiosa total (Cf EN 52, CT 19 y 42)).

Algunos de ellos, se confiesan cristianos “no practicantes” (EN 52), pero en el fondo de su corazón hay sentimientos religiosos cristianos que no han desaparecido.

Despertarles a la fe es un gran reto para la acción evangelizadora de la Iglesia. Junto a éstos, hay “gente sencilla”, que expresa a menudo sus sentimientos religiosos con una “religiosidad popular” (EN 48; Cf CT 54) muy arraigada. No se puede decir que no tienen fe, pero necesita purificar su religiosidad, despertar o suscitar la fe inicial para poner los fundamentos de la misma.

Existe un gran número de cristianos intelectuales, cuya formación cristiana quedó reducida a la infancia y no creció al mismo ritmo que sus vidas, por lo que necesitan se suscite la fe y realizar un nuevo replanteamiento a la luz de la situación nueva en la que viven.

Otro grupo está integrado por los no creyentes. (Cf DGC 26)

Para todos ellos, la Iglesia se plantea la necesidad de realizar una acción misionera, o pre-catequesis, que les suscite y provoque el deseo inicial de conocer y seguir a Jesucristo.

Este primer anuncio es “una actividad compleja y diversificada” y se puede realizar a través de diversos medios, de entre ellos, el arte (EN 51).

También existe un gran número de cristianos intelectuales, cuya formación cristiana quedó reducida a la infancia y no creció al mismo ritmo que sus vidas, por lo que necesitan se suscite la fe y realizar un nuevo replanteamiento a la luz de la situación nueva en la que viven. Por último, está el grupo de los no creyentes. (Cf DGC 26) Para todos ellos, la Iglesia se plantea la necesidad de realizar una acción misionera, o pre-catequesis, que les suscite y provoque el deseo inicial de conocer y seguir a Jesucristo. Este primer anuncio es “una actividad compleja y diversificada” y se puede realizar a través de diversos medios, de entre ellos, el arte.(EN 51). Los Bienes Culturales “tienen una singular capacidad para ayudar a las personas a percibir más claramente los valores del espíritu y, testimoniando de diferentes modos la presencia de Dios en la historia de los hombres y en la vida de la Iglesia, dispone los corazones a acoger la novedad evangélica. Además, al proponer la belleza, que por su misma naturaleza posee un lenguaje universal, ciertamente ayudan a la Iglesia en su tarea de encontrar a todos los hombres en un clima de respeto y tolerancia recíproca” [1].

En este mismo sentido, afirma el Papa: “especialmente el arte cristiano ‘Bien cultural’ muy significativo, sigue prestando su singular servicio, comunicando con extraordinaria eficacia, a través de la belleza de las formas sensibles, la historia de la alianza entre Dios y el hombre y la riqueza del mensaje revelado. En los dos milenios de la era cristiana, ha manifestado de forma admirable el ardor de numerosos confesores de la fe, ha expresado la conciencia de la presencia de Dios entre los creyentes y ha sostenido la alabanza que la Iglesia eleva a su Señor desde todos los rincones de la tierra. Los bienes culturales son documentos cualificados de los diferentes momentos de esta gran historia espiritual”[2]. Por lo que, el “Patrimonio Cultural es un medio privilegiado para suscitar la fe en los alejados que se acercan a contemplar la belleza de las obras de arte como turistas y aquellos que acceden a los archivos, bibliotecas y museos de la Iglesia en su afán de investigadores y estudiosos. Para muchas de estas personas esta es la única manera de entrar en contacto con la Iglesia y no tienen otro contacto con ella. Para unos, puede suponer un primer anuncio de la fe que desconocen o conocen de manera defectuosa, para otros, un reencuentro y deseo de conocer en profundidad, una ocasión para un dialogo entre la fe y la cultura.

En un mundo que hemos descrito en sus tintes más negativos y en su cultura fuertemente marcada por la primacía del tener sobre el ser, la obsesión por el disfrute inmediato, es sorprendente encontrar la “ventana abierta” del interés por la belleza, la valoración de los “bienes culturales”. Hoy asistimos al “fenómeno del turismo” y “cultura del ocio” que incluye el interés, de visitar catedrales, iglesias, ermitas, museos y exposiciones monográficas. Junto con esta experiencia, debemos hacer mención al “camino de Santiago” por la importancia y significación que va adquiriendo en estos últimos decenios. Esta es una experiencia que, debido a muy variadas motivaciones, pone en “camino” a muchos hombres y mujeres de diversas culturas y condiciones sociales. A lo largo del camino, en el peregrinar a Santiago, hay ocasión para vivir experiencias muy profundas de contenido religioso. Turismo y peregrinación son ocasiones que se les ofrecen a las diversas Iglesias locales para hacer que los turistas y peregrinos venidos de diversos lugares y situaciones muy diversas de fe, puedan tener el encuentro, para muchos un primer encuentro, con la fe, a través del Patrimonio artístico e histórico.

El “Patrimonio Cultural” encierra muchas posibilidades evangelizadoras, aunque ello requiere un tratamiento especial. El primer reto que sentimos es la necesidad de hacer un acompañamiento del turista que le eduque para ver y contemplar, de forma correcta y total las cosas. Se debe tener una actitud de acogida y acompañamiento dándoles a conocer, mediante las expresiones artísticas, los acontecimientos históricos de las comunidades cristianas. Ello requiere la preparación de personal capacitado para esta misión. No se debe dejar a la inspiración y creatividad de cada uno la explicación de las obras que el turista contempla; es necesario preparar bien los guiones, cuidar su contenido, que sean sobrios, veraces, incisivos, que no abrumen con datos, pero suficientemente explícitos. Debe transmitir con sencillez el mensaje evangélico. En la cartela, conviene dejar constancia del simbolismo o mensaje inherente a la obra de arte. El catálogo, presentado con gusto, rigor científico y contenido, es el mejor subsidio para la visita.

Dejar y favorecer que la obra hable: el silencio de una iglesia románica que invita al recogimiento interior del hombre, o a elevar el espíritu en una iglesia gótica, la iluminación tenue, la música ambiental... hace que la piedra, las esculturas, pinturas y toda expresión artística que el turista o peregrino contempla, se conviertan en una ocasión de “encuentro” y de acontecimiento que tiene como efecto un impacto interior.

Junto con el fenómeno del turismo, está también el interés de muchos intelectuales, estudiosos, investigadores, y personas que buscan sus raíces genealógicas acercándose a los archivos y bibliotecas de la Iglesia, o la historia y desarrollo de una institución eclesial concreta. El Patrimonio documental de la Iglesia y las obras de arte se convierten en una ocasión para el encuentro y el diálogo con los intelectuales. Desde esta perspectiva, los contactos con el mundo académico y universitario vuelven a ser hoy día posibles y ricos en perspectivas para la pastoral por medio del arte. Ello requiere también unas actitudes de acogida y de personas capacitadas para el diálogo que ayude a superar los recelos y desconfianzas mutuas, valorar en su justo sentido el hecho religioso y evitar realizar una lectura secular del arte vaciándolo de toda referencia a lo religioso y reduciéndolo a un fenómeno meramente socio-cultural.

Función e importancia de los Bienes Culturales de la Iglesia en la acción Misionera:

Los Bienes Culturales “tienen una singular capacidad para ayudar a las personas a percibir más claramente los valores del espíritu y, testimoniando de diferentes modos la presencia de Dios en la historia de los hombres y en la vida de la Iglesia, dispone los corazones a acoger la novedad evangélica. Además, al proponer la belleza, que por su misma naturaleza posee un lenguaje universal, ciertamente ayudan a la Iglesia en su tarea de encontrar a todos los hombres en un clima de respeto y tolerancia recíproca”.

En este mismo sentido, afirma el Papa: “especialmente el arte cristiano ‘Bien cultural’ muy significativo, sigue prestando su singular servicio, comunicando con extraordinaria eficacia, a través de la belleza de las formas sensibles, la historia de la alianza entre Dios y el hombre y la riqueza del mensaje revelado.

En los dos milenios de la era cristiana, ha manifestado de forma admirable el ardor de numerosos confesores de la fe, ha expresado la conciencia de la presencia de Dios entre los creyentes y ha sostenido la alabanza que la Iglesia eleva a su Señor desde todos los rincones de la tierra. Los bienes culturales son documentos cualificados de los diferentes momentos de esta gran historia espiritual”.

Por lo que, el “Patrimonio Cultural es un medio privilegiado para suscitar la fe en los alejados que se acercan a contemplar la belleza de las obras de

arte como turistas y aquellos que acceden a los archivos, bibliotecas y museos de la Iglesia en su afán de investigadores y estudiosos. Para muchas de estas personas esta es la única manera de entrar en contacto con la Iglesia y no tienen otro contacto con ella. Para unos, puede suponer un primer anuncio de la fe que desconocen o conocen de manera defectuosa, para otros, un reencuentro y deseo de conocer en profundidad, una ocasión para un dialogo entre la fe y la cultura.

En un mundo que hemos descrito en sus tintes más negativos y en su cultura fuertemente marcada por la primacía del tener sobre el ser, la obsesión por el disfrute inmediato, es sorprendente encontrar la “ventana abierta” del interés por la belleza, la valoración de los “bienes culturales”.

Fenómeno del turismo y cultura del ocio

Hoy asistimos al “fenómeno del turismo” y “cultura del ocio” que incluye el interés, de visitar catedrales, iglesias, ermitas, museos y exposiciones monográficas. Junto con esta experiencia, debemos hacer mención al “camino de Santiago” por la importancia y significación que va adquiriendo en estos últimos decenios.

Esta es una experiencia que, debido a muy variadas motivaciones, pone en “camino” a muchos hombres y mujeres de diversas culturas y condiciones sociales. A lo largo del camino, en el peregrinar a Santiago, hay ocasión para vivir experiencias muy profundas de contenido religioso. Turismo y peregrinación son ocasiones que se les ofrecen a las diversas Iglesias locales para hacer que los turistas y peregrinos venidos de diversos lugares y situaciones muy diversas de fe, puedan tener el encuentro, para muchos un primer encuentro, con la fe, a través del Patrimonio artístico e histórico.

El “Patrimonio Cultural” encierra muchas posibilidades evangelizadoras, aunque ello requiere un tratamiento especial.

El primer reto que sentimos es la necesidad de hacer un acompañamiento del turista que le eduque para ver y contemplar, de forma correcta y total las cosas.

Se debe tener una actitud de acogida y acompañamiento dándoles a conocer, mediante las expresiones artísticas, los acontecimientos históricos de las comunidades cristianas.

Ello requiere la preparación de personal capacitado para esta misión. No se debe dejar a la inspiración y creatividad de cada uno la explicación de las obras que el turista contempla; es necesario preparar bien los guiones, cuidar su contenido, que sean sobrios, veraces, incisivos, que no abrumen con datos, pero suficientemente explícitos. Debe transmitir con sencillez el mensaje evangélico.

En la cartela, conviene dejar constancia del simbolismo o mensaje inherente a la obra de arte. El catálogo, presentado con gusto, rigor científico y contenido, es el mejor subsidio para la visita.

Dejar y favorecer que la obra hable: el silencio de una iglesia románica que invita al recogimiento interior del hombre, o a elevar el espíritu en una iglesia gótica, la iluminación tenue, la música ambiental... hace que la piedra, las esculturas, pinturas y toda expresión artística que el turista o peregrino contempla, se conviertan en una ocasión de "encuentro" y de acontecimiento que tiene como efecto un impacto interior.

Investigadores:

Junto con el fenómeno del turismo, está también el interés de muchos intelectuales, estudiosos, investigadores, y personas que buscan sus raíces genealógicas acercándose a los archivos y bibliotecas de la Iglesia, o la historia y desarrollo de una institución eclesial concreta.

El Patrimonio documental de la Iglesia y las obras de arte se convierten en una ocasión para el encuentro y el diálogo con los intelectuales. Desde esta perspectiva, los contactos con el mundo académico y universitario vuelven a ser hoy día posibles y ricos en perspectivas para la pastoral por medio del Patrimonio Cultural. Ello requiere también unas actitudes de acogida y de personas capacitadas para el diálogo que ayude a superar los recelos y desconfianzas mutuas, valorar en su justo sentido el hecho religioso y evitar realizar una lectura secular del arte vaciándolo de toda referencia a lo religioso y reduciéndolo a un fenómeno meramente socio-cultural.

2.- Acción Catequética

La catequesis y la educación en la fe

- La catequesis tarea prioritaria

- Las fuentes de la catequesis
- El contenido de la catequesis.El “Cristocentrismo”
- Catequesis narrativa
- La experiencia humana y la catequesis
- Por medio de la pedagogía inductiva
- El Catecismo y materiales catequéticos
- Materiales auxiliares
- Pedagogía original de la fe.

La catequesis y la educación en la fe

Son muchas las formas y los medios que la Iglesia tiene para educar y hacer crecer en la fe. “La fe pide ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración” (DGC 84). La persona es capaz y sujeto de este crecimiento en la fe, de ahí, que hablemos de educación en la fe. Educamos la respuesta confiada que el hombre tiene que dar a Dios, por lo que la fe exige ser conocida, vivida, celebrada y hecha oración. La educación en la fe es la intervención sobre la persona con el fin de ayudarle a eliminar todos los obstáculos y pueda responder a Dios desde su ser integral. Una educación que contemple a la persona en todas sus dimensiones.

De todos los medios de los que dispone la Iglesia para educar en la fe, “la catequesis ha sido siempre considerada por la Iglesia como una de sus tareas prioritarias (...). Se llamó catequesis al conjunto de esfuerzos por la Iglesia para hacer discípulos” (CT 1).

La catequesis es globalmente considerada como “una enseñanza de doctrina cristiana, dada generalmente de un modo orgánico y sistemático, con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana” (CT 18). De esta definición debemos destacar los aspectos orgánico y sistemático, así como su carácter iniciatorio en la vida cristiana, que es lo que caracteriza a todo proceso catequético. “Todo bautizado, por el hecho mismo de su bautismo, tiene derecho a recibir de la Iglesia una enseñanza y una formación que le permite iniciar una vida verdaderamente cristiana” (CT 14).

La catequesis, tarea prioritaria

La prioridad de la catequesis es referida y situada dentro del proceso de la Evangelización. “Recordemos ante todo que entre la catequesis y la evangelización no existe ni separación ni oposición, ni identificación pura y simple, sino relaciones profundas de integración y de complemento recíproco (...), la catequesis es uno de esos momentos (...) en el proceso total de evangelización” (CT 18).

En éste proceso la acción misionera y la acción pastoral exigen la acción catequética como proceso iniciatorio. Así, la catequesis se concibe como tarea prioritaria, porque “trata, en efecto, de hacer crecer a nivel de conocimiento y de vida el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio...” (CT 20).

En este sentido, “la auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación que Dios mismo ha hecho al hombre, en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una ‘tradicito’ viva y activa, de generación en generación. Pero esta revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella” (CT 22).

Por lo que, como subraya el Directorio General de Catequesis: “La catequesis no es otra cosa que el proceso de transmisión del Evangelio tal como la comunidad cristiana lo ha recibido, lo comprende, lo celebra, lo vive y lo comunica de múltiples formas” (DGC 105), con lo que la identidad de la catequesis reside en ser “una formación básica, esencial, centrada en lo nuclear de experiencia cristiana, en las certezas básicas de la fe y en los valores evangélicos más fundamentales.

La catequesis pone los cimientos del edificio espiritual del cristiano, alimenta las raíces de su vida de fe, capacitándoles para recibir el posterior alimento sólido en la vida ordinaria de comunidad cristiana” (DGC 67).

Como la evangelización, también la catequesis está llamada a llevar el Evangelio al “corazón de la cultura (...). Para ello, la catequesis procurará conocer estas culturas y sus componentes esenciales; aprenderá sus expresiones más significativas, respetando sus valores y riquezas propias” (CT 53).

Aportación del Patrimonio Cultural a la catequesis

Considerada la catequesis en los términos expuestos y contemplando el conjunto del “Patrimonio Cultural de la Iglesia” como expresión, testimonio y vida de la Iglesia, concluimos que puede ser también considerado uno de los medios aptos para la acción catequética en su función de transmitir la fe de la Iglesia, tal como la comunidad cristiana la ha recibido, la comprende, la celebra y la vive.

En el conjunto del “Patrimonio Cultural de la Iglesia”, encontramos las “certezas básicas de la fe” y “los valores evangélicos más fundamentales; él es uno de los lugares donde se conserva la “memoria profunda de la Iglesia” y sirve para descubrir y alimentar las “raíces” de la vida de fe. Por último, es a través de las experiencias y expresiones culturales del Patrimonio como la acción catequética puede conocer, entrar en diálogo y llevar el Evangelio a las culturas.

Las fuentes de la catequesis

Atendiendo a las fuentes de la catequesis, todos los documentos de contenido catequético, subrayan la importancia que para la catequesis tiene el conocer las fuentes donde debe inspirarse y afirman, que la única fuente es la Palabra, que nos llega a través de la Escritura y en la Tradición.

“Hablar de la Tradición y de la Escritura como fuentes de la catequesis, es subrayar que ésta ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y aptitudes bíblicas a través de un contacto asiduo con los textos mismos; es también recordar que la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia y cuanto más se inspire en las reflexiones y en la vida dos veces milenaria de la Iglesia” (CT 27).

Tradición y Sagrada Escritura son las fuentes a través de las cuales nos ha llegado la Palabra, pasando por “la inteligencia y el corazón de la Iglesia”.

El “Cristocentrismo”

El contenido catequético, el mensaje, no está integrado por verdades frías y abstractas; no es algo, sino “Alguien”.

En este sentido, “hay que subrayar (...) que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret... el ‘Misterio de Cristo’” (CT 5).

“Cristocentrismo”, significa que en la “catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a El” (CT 6). Por lo que la tarea propia de la catequesis es mostrar quién es Jesucristo: su vida y su ministerio, y presentar la vida cristiana como el seguimiento de su persona (cf. DGC 41).

La aportación del Patrimonio Cultural

En las expresiones artísticas descubrimos, que ha sabido unir maravillosamente la naturaleza humana y la naturaleza divina, quedando resaltada la majestad de la persona Divina.

El arte religioso es la confesión del misterio de la persona de Jesús de Nazaret, el Verbo Encarnado e Hijo de Dios, bajo los diversos aspectos, títulos cristológicos que los cristianos han utilizado a través de los siglos para confesar, comprender y celebrar su fe en Cristo.

La historia del arte evidencia las relaciones que hay entre la fe cristiana que vive y anima a la Iglesia y las creaciones artísticas, por lo que debemos concluir que la catequesis puede y debe servirse de las expresiones artísticas que tiene como centro el misterio de la persona de Cristo.

Catequesis narrativa

Es función de la Catequesis narrativa contar, narrar y transmitir las maravillas que Dios ha realizado, realiza y realizará a favor de los hombres. Transmitir los hechos y palabras de la revelación, que “debe proclamarlos y narrarlos y al mismo tiempo, esclarecer los profundos misterios que contienen. Aún más, por ser la revelación la fuente de luz para la persona humana, la catequesis no sólo recuerda las maravillas de Dios hechas en el pasado sino que, a la luz de la misma revelación interpreta los signos de los tiempos y la vida de los hombres y mujeres, ya que en ellos se realiza el designio de Dios para la salvación del mundo” (DGC 39).

No se trata de una mera referencia a unos hechos que ocurrieron en el pasado y narrarlos de una manera abstracta, sin ninguna referencia y actualiza-

ción al hombre de hoy. Es un recuerdo y actualización; unos hechos que iluminan y dan sentido al momento presente de la historia del hombre. La Historia de Salvación tuvo lugar en el pasado, se realiza en el presente y fundamenta el futuro.

Narrar la Historia de la Salvación tuvo gran importancia en los primeros tiempos de la Iglesia. “En la época de los Padres de la Iglesia, en efecto, la formación propiamente catecumenal se realizaba mediante una catequesis bíblica, centrada en la narración de la Historia de la Salvación” (DGC 89). Para la catequesis patristica la narración de la Historia de la salvación que se actualiza en el presente, era lo primero: narrar las maravillas que Dios ha obrado en el Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento y en el tiempo de la Iglesia. Hoy recobra actualidad entre nosotros este modelo catequético de narrar los acontecimientos de salvación, realizando con ello la “narratio” tal y como es conservado y vivido en la memoria de la Iglesia.

Aportación del Patrimonio Cultural a la catequesis narrativa

Desde esta perspectiva, tenemos que subrayar la importancia que adquieren las expresiones artísticas que integran y forman parte del conjunto del Patrimonio Cultural.

Las expresiones artísticas de escultura, pintura, orfebrería, textiles, documental y arquitectura encuentran su fuente de inspiración y narran por medio de la imagen la Historia de la Salvación.

“La iconografía cristiana transmite mediante la imagen el mensaje evangélico que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra. Imagen y palabra se esclarecen mutuamente” (CT 28). A esta narración catequética puede servir de soporte, entre otros medios, las diversas expresiones artísticas, donde el catequista encontrará narrados los hechos de salvación, por medio de imágenes, símbolos y de otros lenguajes, tal y como han sido vividos por la Iglesia a través de todos los tiempos.

La experiencia humana y la catequesis

Mucho se ha hablado de la catequesis de la experiencia y de los elementos que integran el acto catequético.

“Corresponde a una instancia profunda del espíritu humano, la llegada al conocimiento de las cosas ininteligibles a través de las cosas visibles; y es también conforme con las características propias del conocimiento de fe, que consiste en conocer a través de los signos” (DGC 150).

Partir de los hechos concretos, de las experiencias más profundas que tiene la persona y que han sido evocadas por el lenguaje de la imagen u otros procedimientos.

No olvidemos que “la comunicación de la fe en la catequesis es un acontecimiento de gracia, realizado por el encuentro de la Palabra de Dios con la experiencia de la persona, que se expresa a través de signos sensibles y finalmente abre al misterio” (DGC 150).

Aportación del Patrimonio Cultural

Desde esta reflexión, descubrimos en el Patrimonio Cultural, con sus expresiones artísticas, una respuesta acertada a los esfuerzos que hoy hay que realizar por buscar nuevas formas y métodos de catequesis.

Es en el conjunto del Patrimonio Cultural, donde, como hemos indicado, encontramos la integridad de la fe tal y como ha sido y es vivida, confesada y celebrada por la Iglesia. Fe que ha quedado expresada a través del lenguaje de la imagen, por medio de signos, símbolos; donde la palabra resplandece y se comunica con el poder evocador de la imagen.

El arte se convierte en vehículo de experiencias profundamente humanas y de fe, que provocan otras experiencias e interrogantes, abriéndose como “ventanas” a la trascendencia.

Experiencias que comunican la Palabra que ilumina la misma experiencia humana, y favorece la objetivación o confesión de la fe, con las mismas expresiones que han servido a lo largo de los siglos o con nuevas expresiones como fruto de la creatividad.

Es a través de las diversas expresiones artísticas, que integran el Patrimonio Cultural, de las que nos pueden servir de instrumento dentro del acto catequético, por su poder de evocar, suscitar experiencias profundamente humanas que se abren y entran en diálogo con la Palabra.

El Patrimonio sirve y favorece la correlación entre la experiencia humana, la Palabra de Dios y la experiencia eclesial.

Por último, las expresiones artísticas favorecen la comunicación, confesión u objetivación de la fe.

El Catecismo y materiales catequéticos

Al conjunto del “Patrimonio de la Iglesia” lo podemos también considerar como un “catecismo”; esto es, como el documento de fe que “tiene por fin presentar una exposición orgánica y sistemática de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina cristiana” (CCE 11). Todo catecismo es el documento que contiene la “fe creída, celebrada, vivida y hecha oración” (DGC 122), como lo es el conjunto del Patrimonio Cultural.

Materiales auxiliares para la catequesis deben contar, entre otros medios, con el Patrimonio, como exigencia, entre otras razones, de la necesidad de la inculturación de la fe.

Pedagogía original de la fe y Patrimonio Cultural

Centrando nuestra reflexión sobre la “Pedagogía original de la fe”, originalidad que radica en ser una pedagogía que se inspira en la pedagogía divina, nos lleva a descubrir el servicio que el conjunto del Patrimonio Cultural puede y debe prestar a la catequesis.

A lo largo de la historia, la Iglesia se han empleado diversos métodos y medios a fin de alcanzar su finalidad específica, que no es otra, que la educación en la fe (Cf CT 51).

Mirando esta historia, descubrimos que “la Iglesia ha generado a lo largo de los siglos un incomparable patrimonio de pedagogía de la fe (...), una variedad de vías y formas originales de comunicación religiosa (...) de expresiones culturales de la fe” (DGC 141): De estas, creemos, forman parte las expresiones artísticas que configuran el legado cultural de la Iglesia.

Este esfuerzo por buscar y adoptar nuevos métodos, técnicas o procedimientos, que debe continuar en el momento actual del mundo y de la Iglesia (Cf CT 46) y que deben responder a la situación socio-cultural del hombre de hoy, no se puede realizar ignorando las diversas expresiones artísticas.

Hoy, junto con el lenguaje verbal, que sigue teniendo su importancia, está el lenguaje visual. Cada día se hace más necesario emplear el lenguaje visual en

la catequesis, como respuesta al nuevo tipo de persona que es a su vez producto de la imagen, en la que todos estamos inmersos. Se trata de una pedagogía intuitiva.

La fe tendrá que llegar al hombre de hoy a través de los diversos lenguajes, entre los que destaca el lenguaje de la imagen, del símbolo, y esto, no es debido a que por su ignorancia desconozca el lenguaje escrito; no sepa leer los documentos y necesite que sea instruido a través de la imagen, sino porque el lenguaje audio-visual (conjunción de palabra e imagen), sino porque este es más eficaz en su función de evocar y comunicar sentimientos profundos.

El lenguaje de la imagen provoca sentimientos, experiencias y sensaciones tan profundas que implican a toda la persona. Por otra parte, el lenguaje visual es más eficaz al ser un cauce a través del cual la persona encuentra un medio más adecuado para comunicar sus sentimientos y experiencias de manera más satisfactoria que utilizando el lenguaje verbal o escrito.

Es el lenguaje que encontramos en todas las expresiones artísticas.

El lenguaje artístico, por ser del pasado, ¿no será hoy un lenguaje que hombre actual no comprende?

Cierto que muchos símbolos y expresiones en la actualidad han perdido su valor porque desconocemos el código de interpretación en el que fueron utilizados; lo cual requiere y exige un aprendizaje del lenguaje y conocer las claves de interpretación de los diversos símbolos utilizados. Sin embargo, el hombre de hoy esta más abierto que en otras épocas al lenguaje de la imagen, del símbolo, de los colores y de los gestos; es más sensible a la belleza que encierra el arte.

Poner al servicio de la catequesis las expresiones artísticas y el conjunto de los Bienes Culturales de la Iglesia, tiene como resultado un efecto muy positivo.

3.- En la acción pastoral

Destinatarios

Destinada a los fieles cristianos que han sido fundamentados en la fe, fueron iniciados por la acción catequética y necesitan alimentar su fe en el seno de la comunidad por medio de las diversas acciones.

Son todas aquellas acciones que la Iglesia pone al servicio de la alimentación y formación permanente de la fe de los fieles, como son las celebraciones litúrgicas, la oración y cuantas acciones tengan como fin la formación de los fieles.

• Aportación del Patrimonio Cultural

Las diversas expresiones artísticas tienen gran importancia para la oración y celebración litúrgica por ser un lenguaje que tiene el efecto de evocar, provoca sentimientos profundos en el que lo contempla, por su eficacia para elevar la mente de los hombres a lo divino, así como su importancia como lenguaje para la comunicación,

En la celebración litúrgica las obras de arte ejercen de mediación simbólica porque nos acercan a los límites del misterio sagrado, nos lo visualizan y nos hacen tener sentido de su presencia.

La obra de arte deviene a ser un símbolo de mediación en el encuentro de Dios con el hombre en el acto litúrgico. El arte cristiano da visibilidad a aquello que no se ve, pero que está ahí presente ante nuestros ojos dándonos fundamento a la experiencia religiosa que estamos viviendo. “La belleza y el color de las imágenes estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para dar gloria a Dios” (S. Juan Damasceno, *imag.* 1,27).

La contemplación de las sagradas imágenes, unida a la meditación de la Palabra de Dios y al canto de los himnos litúrgicos, forma parte de la armonía de los signos de la celebración para que el misterio celebrado se grave en la memoria del corazón y se exprese luego en la vida nueva de los fieles” (CCE 1162).

El uso de los Bienes Culturales en la acción pastoral

No podemos quedarnos en la descripción técnica de la obra, es necesario llegar a descubrir el mensaje de fe que de un modo u otro intentaron transmitir a través del signo plástico de la imagen que contemplada.

Hay todo un proceso pedagógico, que es necesario, para que lleve al pueblo a descubrir el valor y significado de los templos que frecuenta, de las imágenes que contempla y ante las que reza, y de los objetos que ve en la celebración de culto.

Tenemos que ayudar a mirar y contemplar las imágenes en escultura y pinturas, enseñar el lenguaje de los signos y símbolos y a desentrañar el profundo significado de usos y costumbres que integran el legado artístico histórico.

Todo un rico patrimonio para servirnos de él en la acción pastoral.

4.- El arte para expresar y celebrar la fe

Evangelizar por medio del arte actual

La importancia que tiene el lenguaje del arte para la evangelización del hombre de todos los tiempos radica en que “de esta forma el conocimiento de Dios se manifiesta mejor y la predicación del Evangelio resulta más transparente a la inteligencia humana y como embebida en las condiciones de la vida” (GS 62).

La Iglesia acoge el arte moderno y las expresiones artísticas actuales, como medio para expresar, comunicar y celebrar la fe, por lo que, también el arte de nuestro tiempo, el de todos los pueblos y culturas, ha de ejercerse libremente dentro de la Iglesia.

Así lo enseña el Concilio Vaticano II: “Las nuevas formas artísticas, acomodadas a nuestros contemporáneos según la índole de cada nación o región, sean reconocidas por la Iglesia. Recíbese en el santuario, donde elevan la mente a Dios, con expresiones acomodadas y conformes a las exigencias de la liturgia” (GS 62).

La Iglesia acepta el arte actual, el estilo abstracto y no figurativo. en cuanto es capaz de crear una determinada calidad de impacto sobre la sensibilidad y de suscitar un estado de ánimo, puede disponer al silencio interior, propiciar la oración e incluso, brindar insondables perspectivas a la contemplación.

El lenguaje artístico de las vanguardias es apto para el arte cristiano. Tal vez han sido los artistas quienes con mayor fuerza expresiva han sido capaces de manifestar la situación dolorida de este hombre del siglo XX, racional e ilustrado que ahora termina su ciclo histórico con la postmodernidad.

Como todas las expresiones y estilos artísticos, el arte actual se puede ejercer libremente dentro de la Iglesia respetando los fines de la misma.

La Iglesia se ha sentido siempre árbitro de las bellas artes, discerniendo entre las obras de los artistas aquellas que estaban de acuerdo con la fe, la piedad y las leyes religiosas y que eran consideradas aptas para el uso sagrado.

“ Por esta razón, la santa madre Iglesia fue siempre amiga de las bellas artes, buscó constantemente su noble servicio, principalmente para que las cosas destinadas al culto sagrado fueran en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales” (SC 122). De este principio radica las condiciones que hace válido como instrumento al servicio de la misión de la Iglesia, las diversas expresiones y estilos artísticos habidos a lo largo de la historia antigua, moderna y actual.

La Iglesia quiere un arte sagrado auténtico, excluyendo toda mediocridad, falsedad y fealdad. Pide a los Obispos que “sean excluidas de los templos y demás lugares sagrados aquellas obras artísticas que repugnen a la fe, a las costumbres y a la piedad cristiana y ofendan el sentido auténticamente religioso, ya sea por la depravación de las formas, ya sea por la insuficiencia, la mediocridad o la falsedad del arte” (SC 124).

La belleza artística no es para la Iglesia un elemento meramente formal o externo, de ahí que procure que la belleza no se separe de la verdad y de la misma funcionalidad o idoneidad par el fin evangelizador. La belleza del misterio de Cristo en su humanidad y su resurrección, le lleva a la Iglesia a exigir y buscar “una noble belleza que la mera suntuosidad” (SC 124).

La Iglesia necesita de los artistas

Con estos criterios de discernimiento sobre el arte actual, la Iglesia pide a “los artistas que, llevados por su ingenio, desean glorificar a Dios en la santa Iglesia, recuerden siempre que su trabajo es una cierta imitación sagrada de Dios Creador y que sus obras están destinadas al culto católico, a la edificación de los fieles y a su instrucción religiosa” (SC 127). Con sus obras, el artista contribuye a educar en la delicadeza y gusto espiritual a los espíritus actuales tan fácilmente inclinados al materialismo. Las obras de calidad artística comunican la significación y la emoción íntima de verdades cristianas con una eficacia, un lirismo, un ardor que no poseen quizás las más ardorosas de las predicaciones.

La Iglesia hace una llamada e invitación a los artistas para que con su actividad sigan haciendo posible que el evangelio llegue a todos los hombres. Al concluir el Concilio se dirigió a los artistas en estos términos que hoy retomamos: “La Iglesia está aliada desde hace tiempo con vosotros, habéis edificado y

decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia. La habéis ayudado a traducir su mensaje divino al lenguaje de las formas y de las figuras, a hacer aprehensible el mundo invisible.

Hoy como ayer la Iglesia os necesita y se vuelve hacia vosotros. Os dice por nuestra voz: ¡no dejéis que se rompa una alianza fecunda! ¡No os neguéis a poner vuestro talento al servicio de la verdad divina! ¡No cerréis vuestro espíritu al soplo del Espíritu Santo! (...). Recordad que vosotros sois los guardianes de la belleza en el mundo: que esto os baste para liberaros de los gustos efímeros y sin valor verdadero, liberaros de la búsqueda de expresiones chocantes o desagradables. Sed siempre y en todas partes dignos de vuestro ideal” (Del Mensaje del Concilio a los artistas).

“Los artistas cristianos constituyen para la Iglesia, un potencial extraordinario para acuñar nuevas formas y elaborar nuevos símbolos o metáforas (...). Nunca faltan artistas cristianos capaces de atraer a los fieles de todas las religiones, aún de los no creyentes, por el resplandor de lo bello y lo verdadero. Por medio de los artistas cristianos el Evangelio, fuente fecunda de inspiración, alcanza a multitud de personas privadas del contacto con el mensaje de Cristo”. Este reconocimiento del valor e importancia de los artistas para la vida de la Iglesia, nos obliga a reconocer los carismas artísticos que existen dentro de la comunidad eclesial. Hay que dar cabida a la pluralidad de dones artísticos. Los artistas, sin necesidad de palabras, dan forma y figura a las verdades de la fe y las representan en formas siempre nuevas.

Diálogo con los artistas

Las condiciones que son necesarias para el encuentro entre la Iglesia y los artistas son un clima de un clima de reencuentro amistoso, de respeto y confianza mutua, de diálogo humilde y sincero, de búsqueda de la verdad, dejándonos cautivar por la belleza.

Es necesario un diálogo que le permita a la Iglesia darse a conocer, y ofrecer al artista lo mejor de sí misma, y, a los artífices, “imbuirlos del espíritu del arte sacro” (SC 127).

El artista debe conocer lo que pide y exige la Iglesia como expresión de su “noble servicio” (SC 122), lo que espera de ellos a fin de que sus obras “en

verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales”(SC 122); “busquen más la noble belleza que la mera suntuosidad” (SC 124).

En este clima de diálogo, basado en la confianza y el respeto mutuo, la Iglesia se ha esforzado para que “los artistas se sientan comprendidos por la Iglesia en sus actividades y, gozando de su ordenada libertad, establezca contactos fáciles con la comunidad” (GS 62).

El artista ha de vibrar con los deseos, necesidades y anhelos legítimos de sus hermanos en la fe. Ha de renovar los obstáculos que le puedan impulsar en su interior a expresarse sólo subjetivamente animados por el carisma del arte, por falta de situación, de ajuste con el medio cristiano en el que se desenvuelve.

El fuerte subjetivismo del artista, tantas veces no en consonancia con la fe de la comunidad cristiana, hacen difíciles sus obras para la piedad de los fieles.

Con frecuencia la comunidad cristiana no ve su fe reflejada en las obras de los artistas con fuerte subjetivismo. Por otra parte, es difícil que un artista, que desconoce la verdad cristiana o que no vive el misterio de la Redención, lo pueda anunciar vitalmente con medios visuales. El artista ha de estar instruido en la verdad cristiana y tener una vivencia religiosa; sentir y amar lo que cree para que pueda expresar con el cincel, pincel o pluma el fulgor de la inspiración.

A fin de poder mantener este diálogo con los artistas, la Iglesia necesita agentes bien preparados, para que los artistas se sientan comprendidos por la Iglesia y al mismo tiempo puedan conocer las exigencias de la acción evangelizadora de la Iglesia. “Los obispos, sea por sí mismos, sea por medio de sacerdotes competentes, dotados de conocimientos artísticos y aprecio por el arte, interésense por los artistas” (SC 127). Se trata de una pastoral especializada.

En este ambiente de diálogo puede el ingenio humano crear obras que hablen a la generación actual su lenguaje y satisfagan sus gustos y al mismo tiempo hablen a las generaciones futuras con la misma elocuencia que nos hablan los monumentos del pasado.

Conclusión

- Queremos terminar con las palabras de Juan Pablo II: “Espero de corazón que ese patrimonio se convierta en un medio cada vez más

Manuel Íñiguez Ruiz de Clavijo: *El patrimonio cultural de la Iglesia.
Instrumento para la evangelización*

eficaz para llevar el mensaje evangélico a quienes están alejados y para incrementar en el pueblo cristiano el amor a la belleza, que abre el espíritu a la verdad y al bien”.